

LA TEMPESTA DI MARE

Claudia Daniela Casimiro

PRÓLOGO

Corre el año de 1519.

Un joven navegante de origen francés decide formar parte de la expedición española que buscará abrir una nueva ruta a las islas Molucas sin tener que pasar por mares reservados a los portugueses en el tratado de Tordesillas.

Su objetivo: buscar las aventuras con las que tanto ha soñado y perseguir una carrera como militar y navegante.

Las tempestades del mar, las difíciles condiciones de vida y el día a día a bordo de las naos le darán experiencias y aprendizajes que no olvidará nunca.

Su madre siempre le había dicho que la necesidad era capaz de imponerse a la voluntad. En su momento no lo había creído, pero ahora se daba perfectamente cuenta de ello.

Recordaba la primera vez que vio la mar. No era más que un niño que acompañaba a sus padres en el largo viaje que hicieron para visitar a su tía Marguerite (que siempre insistía en que la llamaran por su título de condesa de Hiémois), que en ese momento se encontraba sumamente enferma, y, muy posiblemente, a punto de morir.

Mientras el carruaje rodaba sobre el muy mal hecho camino de la costa normanda, cada gota de lluvia que entraba al carruaje a través de sus estrechas ventanas le recordaba a Marie-Thèrese, la madre de Jehan, que en esos momentos su hermana podría estar dando sus últimos suspiros.

Por su parte, Jehan observaba asombrado el hermoso reflejo matutino del cielo que brillaba sobre las aguas, que, como si fuesen grandes espejos, le mostraban lo que su manto acuoso veía a través de los ojos de las misteriosas criaturas que vivían en él. El mar era imponente, de eso podía estar seguro: se sentía abrumado por la belleza de aquellos espirales marinos que comenzaban a formarse primero lentamente y con algo de cautela, como si no pudieran decidirse a comenzar a enrollarse sobre sí mismos para después terminar cayendo sobre su propio peso en un movimiento rápido y resuelto que borraba toda indecisión que las aguas tuviesen antes. El resultado de esto era la blanca y pomposa espuma, que chocaba suavemente contra los pies de Jehan cada vez que, durante los siguientes días, diera paseos al borde del mar.

Todo este sublime espectáculo (que Jehan después descubriría que recibía el nombre de "olas") estaba teniendo lugar en ese momento exacto en el que Jehan viajaba con sus padres en carruaje, y, como el cándido niño que era en ese entonces, se sentía sumamente afortunado de poder presenciarlo, pues creía que el mar desplegaba sus múltiples maniobras con el único objetivo de que él las pudiese ver. Jehan se preguntaba qué había hecho para que las aguas se decidiesen a mostrarle todas aquellas maravillas, y desde ese instante decidió que no quería separarse de la costa nunca jamás, y decidió que quería explorar todos los mares del mundo.

Este hermoso recuerdo podría haber sido opacado por la muerte de su tía Marguerite; pero todo tuvo un final feliz cuando, al llegar Jehan y sus padres a su casa (y en vez de encontrársela en su lecho de muerte), la hallaron jugando junto a su marido a las cartas, y hasta tuvieron la oportunidad de verla furiosa por haber perdido la partida.

Así era la tía Marguerite: después de haber hecho que se avisara a su hermana de su pésima salud comenzó a mejorarse con una gran rapidez, y creyó que lo mejor sería no decir nada acerca de ello; en parte para no herir su orgullo por tener que admitir que quizá había exagerado demasiado acerca de su enfermedad, y en parte porque se olvidó de enviar a algún mensajero para decirle a su hermana que ya se encontraba mucho mejor.

Finalmente, la tía Marguerite terminó por invitar a Jehan y a su familia a pasar una temporada con ella en su casa, lo cual todos aceptaron con agrado. Fue en entonces cuando Jehan comenzó a volverse muy cercano a sus tíos, que le contaban todo lo que sabían acerca del mar y de cómo era vivir cerca de él.

||

Y ahora, los años habían pasado. Jehan recientemente había cumplido los dieciocho años, y emprendía un nuevo viaje. Esta vez, a Sevilla. Su padre, que era hombre de negocios, tenía algunos asuntos que quería resolver en aquella ciudad, y llevó a su familia con él a pasar algunos meses en la corte. Jehan, que era bastante amigable, no tardó en hacer amigos en aquella tierra tan lejana a su patria: las personas que se dedicaban a la navegación eran las que más le interesaban, y solía mantener largas conversaciones acerca de cómo eran las costas, cuáles eran las criaturas que habitaban en ellas y cuál era el arte de navegar.

Fue así como se enteró del proyecto de un tal Fernando de Magallanes (hombre del que, por cierto, no había oído hablar jamás): escuchó decir que era un portugués que quería encontrar una nueva ruta para llegar a las Islas de las Especias, y que estaba convencido de que esto sería posible navegando por el Mar del Sur: diciendo que si encontraba un paso a este mar podría perfectamente llegar a su destino sin romper lo acordado en el tratado de Tordesillas con los portugueses.

Decir que este proyecto despertó el interés de Jehan sería decir poco. Sabía lo importantes que eran las Islas Molucas para el comercio y también era consciente de todos los conflictos que se habían generado en el intento por obtener el control sobre las rutas que llevaban a ellas. Y aunque en un inicio su interés sólo se centraba en la posibilidad de que Magallanes verdaderamente encontrara una nueva ruta para llegar a aquellas islas consideradas tan valiosas, pronto comenzó a nacer en él la idea de sumarse a la expedición.

Sabía de las difíciles condiciones de vida que había en el mar: él mismo había viajado en barco varias veces. También sabía que aquel proyecto era muy riesgoso, y que, si de alguna forma lograba unirse a la tripulación del viaje, había una alta posibilidad de que no volviese a casa con vida. A pesar de todo esto, intentó conocer más detalles: habló con sus amigos y conocidos con la esperanza de obtener más informes que pudieran darle algún tipo de motivo aún más convincente (porque, al parecer, los

anteriores no fueron suficientes) de que no sacaría ningún provecho de intentar unirse a la expedición.

Muchos de los datos que obtuvo parecían pedirle a gritos que no se dejase llevar por sus impulsos, que, por su parte, le exigían lanzarse a la aventura. En las largas horas de reflexión que pasaba a solas en su cuarto, no paraba de pensar en la expedición que se estaba planeando. Hubo dentro de él una batalla furiosa entre su mente y su corazón, que le inspiraban todo tipo de sueños y de temores.

Por un lado, su razón le indicaba que, en primer lugar, el dirigente de la expedición era portugués, lo que le daba motivos más que suficientes para desconfiar de él y de toda aquella empresa. Además, el riesgo de que muriese durante el viaje era demasiado alto, y la poca o mucha paga que recibiese si formaba parte de la tripulación muy posiblemente no sería capaz de compensarlo. También podría terminar náufrago en algún lugar desconocido, o hecho preso por alguna tribu o país (como Portugal) al que no le hiciera ninguna gracia enterarse de la nueva ruta que ellos se esforzaban por encontrar.

A esto había que añadirle la posibilidad de que el paso al Mar del Sur no existiera, de que las naos se hundieran una por una y terminasen muriendo todos los tripulantes (lo que era el mayor miedo de Jehan), y de que (en dado caso de que llegasen a su destino y de que estuviesen en camino para volver a España) los atacasen piratas o corsarios, haciendo que (si les robaban todo), la expedición fuese completamente inútil y terminase por causar más pérdidas que beneficios.

Pero por más que intentase convencerse de una cosa y de otra, en el fondo siempre quedaba el deseo de unirse a aquella aventura sin importar si esto le podía costar la vida: no quería que toda su existencia pasase sin que nada fuera capaz de darle la más mínima satisfacción y de hacerle sentir que estaba vivo. Quería aventurarse, trabajar duro y poder sentirse orgulloso de sí mismo y de sus logros, quería ser recordado por alguien más que su propia familia, y quería demostrarse que poseía un corazón lo suficientemente valiente para enfrentarse a la bestia más terrible de todas: el mar.

En un inicio luchó por derrotar a estos sentimientos y por atraparlos en la parte más honda de su ser, en donde nadie, ni siquiera él mismo, pudiera encontrarlos, y en donde jamás pudiesen volver a ocupar el espacio que alguna vez tuvieron en su mente, donde ya no eran bien recibidos.

Y, cuando tras largas horas de lucha interna (de la cual su cabeza era el campo de batalla) entre su juicio y sus sueños, parecía que el primero ganaría gracias al uso del olvido, su corazón protestaba, haciéndole recordar aquella leyenda en la que Cronos encerró a sus hermanos en lo más profundo del Tártaro, y le decía que sus sueños y sus aspiraciones eran como aquellos hermanos a los que no podía ignorar y dejar en la oscuridad de sí mismo.

Finalmente, no pudo resistirse, y mediante las influencias de amigos, familiares y conocidos, logró que se le tomase en consideración para formar parte de aquella empresa que le quitaba el sueño. Gracias a que la Casa de la Contratación estaba teniendo problemas para encontrar a personas dispuestas a formar parte de la aventura, se habían visto en la obligación de admitir a extranjeros en la expedición, lo que le daba aún más posibilidades de tener éxito en sus deseos de enrolarse. Poco después formalizó su contrato, y logró quedar en un puesto relativamente cómodo tomando en cuenta su edad y su poca experiencia.

Pero los padres de Jehan no recibieron con agrado aquellas noticias. Temían por la vida de su hijo, y dudaban de que fuese capaz de adaptarse a una vida tan difícil como la que se llevaba en el mar estando acostumbrado a vivir cómodamente la mayor parte del tiempo. La madre de Jehan se encontraba completamente aterrada, y estaba convencida casi por completo de que su hijo terminaría naufragando y de que nadie podría encontrarlo jamás. Por otra parte, su padre creía que todo aquello se trataba de alguna tontería que él atribuía a la juventud y a la inexperiencia.

A pesar de los ruegos de sus padres, que intentaban convencerle que aquella no era la vida que él debía tener, Jehan estaba decidido a aventurarse en lo desconocido, para así encontrar la felicidad y la emoción que toda su vida había estado buscando.

III

Fue así como Jehan se encontró en el puerto de Sevilla el día en que se daría comienzo al viaje. No conocía a nadie de la tripulación (además de un amigo suyo con el cual había decidido embarcarse en la aventura), y se encontraba muy nervioso y preocupado por sus padres: sabía que los iba a extrañar y que existía la posibilidad de que jamás los volviese a ver. No paraba de repetir oraciones en voz baja, rogando a Dios salir de aquel viaje sano y salvo junto a todos sus compañeros.

Las cosas no serían fáciles, y él lo sabía, pero estaba dispuesto a luchar por lo que quería y a cumplir con sus obligaciones dentro de la nao lo mejor posible. Ahora ya no había vuelta atrás, y sólo podía esperar lo mejor al prepararse para lo peor. Ya no era simplemente Jehan, el hijo de los condes de Brie, sino un joven y aventurero grumete de la nao Trinidad.

Miró al cielo. Las nubes eran blancas y pomposas, y, como delicados pinceles, trazaban movimientos rectos sobre el inmenso lienzo que era el cielo al acariciar su superficie.

Estaba a punto de experimentar una experiencia que lo transformaría para siempre, y, mientras se detenía un momento a observar el panorama del puerto, se sentía como un niño que ha descubierto la ubicación de un tesoro y que se dirige a él sin saber que encontrará a lo largo de su travesía.

Fue una agradable sorpresa enterarse de que no era el único francés en la tripulación. Había, por lo menos, dieciocho más, y también había en la expedición miembros de otras naciones, especialmente portugueses. Jehan también tuvo la oportunidad de conocer en persona al capitán de la travesía, Fernando de Magallanes, que no le causó en lo absoluto una buena impresión.

Debido a su semblante siempre parecía que estaba enfadado, y le gritaba a la tripulación por el error más nimio. Tenía una mirada muy inquieta y desconfiada, y Jehan pensó que un día aquel hombre tan serio y en apariencia desagradable terminaría tirando a alguien por la borda.

Sin embargo, Jehan también se pudo dar cuenta de la inteligencia de Magallanes: era muy fácil comprender que aquel no era un hombre cualquiera, y Jehan se sentía incapaz de decidir si las peculiaridades del capitán serían virtudes o defectos a la hora de navegar.

Así como muchos de sus compañeros, Jehan estuvo rezando dentro de su cabeza todo el tiempo, y el miedo que comenzaba a surgir dentro de él apenas y servía para otra cosa que no fuese aumentar la intensidad de sus súplicas a cada Santo del que se sabía el nombre y a Dios.

Se dio entonces la orden de levar el ancla, y una vez sonaron los cañones, las cinco naos comenzaron a moverse. Desde la borda podían verse a las familias que despedían a sus hijos, hermanos, esposos y padres desde el puerto. Entre todas aquellas personas estaban los padres de Jehan con lágrimas de tristeza y de esperanza cayendo de sus ojos.

Jehan lloraba también, aunque intentaba distraerse al ocuparse de detalles nimios al ayudar a organizar la bodega. Y mientras más se alejaban del puerto, se repetía una y otra vez que tenía que ser valiente, e intentaba convencerse de que todo saldría bien. Finalmente, su vida dependía de ello.

IV

La primera noche en la Nao Trinidad no fue sencilla para nadie. Todos detestaban hacer guardias, pero Jehan (que sabía que de cualquier forma no iba a poder pegar el ojo y que creía que quizás esa podría ser una buena forma de ganarse la estima de sus compañeros) se ofreció a cubrir la de aquella noche a pesar de que, en realidad, no era su turno de hacer guardia, sino el de un portugués del que nadie conocía el nombre real, pero al que siempre llamaban "Sebastián". Nadie se quejó de que la guardia la hiciese Jehan, al que posteriormente el cansancio le hizo saber que aquella no había sido una buena idea.

Como al anoecer el uso de velas estaba rigurosamente regulado, Jehan tuvo que estarse varias horas en una oscuridad casi completa que de alguna manera logró marearle y provocarle un buen dolor de cabeza.

Su único compañero en aquella penumbra fue François, un hombre que le doblaba la edad y que tenía el hábito de morderse el dedo pulgar con poca fuerza cuando se sentía nervioso. Ambos conversaban en voz baja para entretenerse, y François le dio una gran cantidad de consejos a Jehan que después demostraron ser muy útiles.

Nada demasiado notorio ocurrió en aquella primera noche, ni en la segunda, ni en ninguna de las otras noches que transcurrieron en el viaje del puerto de Sevilla a Sanlúcar de Barrameda.

A pesar de que esta aparente monotonía podría parecer aburrida, ayudaba bastante a Jehan para calmar su ansiedad y sus dudas acerca de todo el viaje. Poco a poco comenzaba a acostumbrarse a la vida dentro del barco y a la tripulación a bordo.

Gracias a que era un grumete de una familia acaudalada y de condición noble, pudo gozar de ciertas comodidades que no compartían sus compañeros de viaje. Extrañamente, esto también le ganó algo de aprecio por el lado de Magallanes, a quien aparentemente le era simpático y por ello lo trataba con una mayor indulgencia que a los demás.

No obstante (y a pesar de que Jehan hacía todo lo posible por ganarse el aprecio de sus compañeros), estos privilegios no tardaron en generarle roces con algunos marineros que lo veían como a un niño rico y malcriado que no había conocido ninguna dificultad en su vida. Estos hombres lo trataban con cierto desdén, aunque jamás lo confrontaron directamente ni se quejaron de él más que entre ellos.

Durante aquella primera etapa del viaje Jehan se sintió muy seguro: creía que si ocurría algo no sería demasiado difícil alcanzar Sanlúcar de Barrameda o algún otro pueblo para pedir auxilio, y también sabía que sería posible regresar a Sevilla, aunque quizás esto no sería una noticia placentera para el rey.

Jehan hablaba con el capitán de la expedición de vez en cuando, aunque les costaba entenderse porque él sólo sabía hablar francés y a penas y podía expresarse en portugués o en castellano; siempre hablando con un acento tan notorio que no pocas veces hacía difícil comprender lo que estaba diciendo, cosa a la que no ayudaba para nada el hecho de que cuando no sabía decir algo en otro idioma lo decía completamente en francés.

A pesar de esto, no tardó mucho en convertirse en una especie de criado para los más altos rangos de la tripulación, que lo hacían ir de un lado a otro a conseguir todas las cosas que le pedían y a ayudar a limpiar la cámara del capitán. En este sentido, sus funciones eran más las de un paje que las de un grumete.

Aunque el trabajo era muy duro, Jehan se esforzaba por usar sus ratos libres en hacer alguno que otro amigo y a intentar mejorar su castellano (cosa que después de mucho tiempo logró, aunque jamás pudo deshacerse por completo de su acento francés, al que todos se acostumbraron con el tiempo).

-¡Eh, niño! - Jehan escuchó decir a François, que se acercó a él agitando los brazos y sonriendo. El día anterior habían llegado a Sanlúcar de Barrameda, y ahora estaban ocupándose de cargar más provisiones en los barcos y cerciorarse de que todo estuviese en orden.

-¿Qué ocurre?

-En realidad no es nada, señor conde. -Dijo François en un tono burlón- Sólo quería asegurarme de que sigues aquí y no has huido todavía. Acabo de enterarme de que hubo algunos desertores en la tripulación.

Jehan negó con la cabeza mientras sonreía.

-No voy a huir, ni siquiera tengo intenciones de ello. De cualquier forma, e incluso si quisiera irme, ¿cómo haría el viaje hacia Sevilla? No conozco estas tierras, y dudo que podría regresar allí por mi cuenta.

-Bueno, niño, -dijo mientras sacudía la cabeza al darse cuenta de su error- digo, señor conde, usted es inteligente y encontraría la forma de volver si quisiese.

-¡Ah, eso no lo creo! Si me siento perdido al hablar castellano, ¿cómo podría perderme al ir de una patria a otra? Le aseguro que si intento viajar de aquí a Sevilla acabaré en las Indias.

François soltó una carcajada y le revolvió los cabellos con las manos. De pronto se escuchó la voz del dispensero, que no estaba muy lejos de allí y que llamaba a Jehan para que le ayudase a organizar algunas cosas en la bodega. François se despidió del joven rápidamente, diciéndole que lo vería después. Jehan, por su parte, estaba bastante distraído, y cuando salió corriendo al encuentro del dispensero se tropezó en el camino y cayó encima de otro de sus compañeros.

Este, que se levantó entre maldiciones e insultos, comenzó a reírse al darse cuenta de la expresión en el rostro de Jehan, que era una combinación entre confusión extrema, dolor y algo de somnolencia acompañadas de una palidez que daba la impresión de que Jehan acababa de ver un fantasma.

-Señor conde, -dijo el joven con la voz medio ahogada por la risa- tiene usted cara de tonto.

Los días pasaban rápidamente a bordo, pues con todo el trabajo por hacer no quedaba mucho tiempo para aburrirse.

Jehan notó que el atardecer y el amanecer eran absolutamente diferentes en el mar que en tierra. A pesar de haber visto decenas de veces al cielo cubrirse de distintos colores, era incapaz de no sentirse impresionado por aquella hermosa vista que aparecía como una especie de recompensa por su trabajo duro, señalando con sus tonos azulados o rojizos el paso de las horas y el comienzo o el final de un nuevo día.

Afortunadamente, todo parecía ir bien respecto a la condición de los barcos y a las provisiones. No obstante, existía un grandísimo problema que no podía arreglarse con tanta facilidad: Magallanes.

Jehan no podía negar que la actitud del capitán de la aventura no ayudaba para nada a relajar las tensiones existentes entre él y los capitanes de otras naos. Era bien sabido por todos que había cierta animosidad entre Magallanes y Juan de Cartagena, hombre de confianza del rey de España.

Juan de Cartagena (junto a varios miembros de la tripulación) criticaba bastante el proceder del capitán de la Trinidad, pues consideraba que (y con cierta lógica detrás) sus acciones podrían indicar que no era más que un traidor que en cualquier momento podría entregarlos a todos a los portugueses.

Jehan sabía que nada de esto era verdad, pues gracias a sus interacciones con Magallanes lo había conocido lo suficiente para poder comprender que no iba a traicionar a nadie (haciendo una obvia excepción de Juan de Cartagena). No obstante, sabía que su carácter difícil tenía cientos de desventajas a la hora de ser un buen líder: no se puede esperar que alguien confíe en uno si sólo se dan órdenes pero no explicaciones.

Así, las cinco naos iban navegando y bordeando las costas de África sin saber ni el porqué ni a dónde se dirigían, y la confianza de la tripulación en Magallanes se balanceaba de un extremo al otro como si estuviese colgada de un hilo: si era un buen día y el capitán se encontraba de buen humor, entonces todos confiaban en él y lo alababan; pero si no se encontraba en un humor particularmente dadivoso la desconfianza resurgía y sus órdenes se cumplían a regañadientes.

El riesgo de que la tripulación se hartase y hubiera un motín era peligrosamente alto, pero a Magallanes parecía no interesarle: el ambicioso capitán sólo tenía ojos para sus objetivos, y tenía la suficiente confianza en sí mismo como para creer que

únicamente él sabía cómo resolver todos los problemas a bordo y cómo salir victoriosos de aquella empresa. A medida que Jehan comenzó a conocerle, hubo un rasgo de su carácter que captó su atención en gran medida: su gran sensibilidad.

Magallanes parecía ser un hombre que sentía las emociones con todo su ser: cuando se encontraba feliz trataba a todos como si fuesen sus mejores amigos; y cuando se encontraba decepcionado porque algo no salió como se esperaba, le invadía una gran tristeza que preocupaba a aquellos que le querían bien.

Todo esto resultaba muy curioso a los ojos de Jehan, pues le parecía fascinante que alguien como Magallanes no fuera un simple capitán con aspiraciones de tirano (que era como lo veían muchos), sino un hombre tan humano como él, sólo que bastante diferente. Hasta cierto punto, Jehan admiraba mucho al capitán de la expedición, al que consideraba como un hombre muy inteligente y con un espíritu resuelto y aventurero. A pesar de que lideraba una expedición muy peligrosa no daba muestras de tenerle miedo a nada, y era firme en sus decisiones y creencias a pesar de la gran cantidad de personas que lo cuestionaban. ¿No era esto de alguna manera algo a lo que Jehan aspiraba?

Incluso después de haberse acostumbrado en su mayor parte a la vida a bordo, Jehan todavía extrañaba aquellos días de ocio que había disfrutado en el pasado, y se cuestionaba acerca de si el haber accedido a formar parte de aquella aventura realmente había valido la pena: siempre se preguntaba qué estarían haciendo sus padres en aquel momento, y sentía una gran pena al pensar que quizás ellos morirían cuando él estuviese muy lejos y sin que pudiera estar con ellos una última vez. ¿De qué servirían tantas lágrimas derramadas, tantos sueños y tantos desvelos si nada podría reemplazar su vida y la de sus padres?

-Señor Conde, -Jehan escuchó decir, aunque en un inicio creyó que aquella voz se encontraba muy lejos- ¡Jehan!

El joven grumete dio un salto del susto que le dio Felipe, uno de sus compañeros.

-¿Qué sucede? ¿Me necesitan para algo?

Felipe ni siquiera intentó disimular la gracia que le causaba escuchar el acento francés con el que hablaba Jehan.

-Es hora de comer. Debería venir antes de que algún canalla se robe su comida.

-Está bien -dijo Jehan distraídamente al levantarse del suelo.

Cuando salió a la cubierta se encontró con una escena ya muy habitual para él: la de sus compañeros comiendo y charlando sobre diversos temas. Vio a los diversos grupos sentados unos al lado de los otros formando pequeños círculos: los amigos se encontraban juntos, y todos hablaban tanto que era imposible sacar ninguna conversación en limpio.

Jehan se acercó al grupo en donde estaban sentados François y Felipe, quienes de inmediato le dieron su ración de comida y se quejaron en voz baja del capitán por la extraña ruta que estaban siguiendo.

No obstante, en este grupo todos dejaron de quejarse al ver que se acercaba a ellos Antonio Pigafetta, que era un amigo personal de Magallanes. Por lo general, ambos siempre almorzaban juntos, pero esta vez habían reñido y Pigafetta prefirió buscar un sitio diferente del habitual para comer.

Todos callaron por unos momentos al verle, no sabiendo qué decir y preguntándose si Pigafetta los había escuchado hablando mal de Magallanes. François ya estaba preparándose para negociar con el criado del capitán a cambio de su silencio, pero este simplemente señaló el suelo y les pidió que lo dejaran sentarse ahí.

Nadie se negó, y todos volvieron a comer como si nada hubiese ocurrido. Pigafetta no hablaba mucho y sólo participaba en la conversación para decir que el bizcocho estaba seco (aunque este comentario jamás venía a cuento).

-¿Es cierto que usted está escribiendo un diario? -Preguntó François de repente. Resultaba que toda la tripulación tenía el derecho a documentar lo acontecido en la expedición y a comunicarse con el rey. Quienes sabían leer y escribir entre todos aquellos hombres eran pocos, y quienes además contaban con el material y el tiempo para hacerlo eran aún menos, pero se rumoraba que Pigafetta estaba escribiendo su propia relación de los hechos a lo largo del viaje.

-Sí, aunque no he escrito mucho. -Contestó el hombre con algo de desgana mientras se miraba las uñas.

-¿Y conoce usted muy bien el capitán? -preguntó otro marinero que comía junto al pequeño grupo.

-Lo conozco lo suficiente. -Dijo Pigafetta con una indiferencia fingida, probablemente porque seguía enojado con Magallanes y su orgullo le decía que no debía dejar ver la amistad y la admiración que le profesaba a pesar de que todo el mundo ya las conocía. De repente, una punzada de desconfianza lo atravesó. -¿A qué viene esa pregunta?

-Sencillamente quería saber si usted conocía algo de alguno de sus planes: ni siquiera sabemos con exactitud a dónde vamos y ya podrá entender que eso es algo que nos preocupa...

Ese comentario tuvo un pésimo efecto en Pigafetta, que se mostró sumamente irritado.

-¡Ah! ¡Así que es eso! -Dijo alzando la voz, que le temblaba de la cólera-. Sólo diré una cosa: yo no soy quien da las órdenes aquí. Si alguien quiere saber a dónde vamos entonces la respuesta es muy sencilla: nosotros vamos al Moluco, y nada más. El capitán da las órdenes y nosotros la seguimos, así son las cosas. Y si usted pretende que yo pregunte algo al capitán sobre el porqué estamos navegando como lo estamos haciendo, entonces tenga por seguro que no lo haré.

El resto del grupo intercambió miradas sin saber muy bien qué cara poner. No esperaban que la respuesta de Pigafetta fuese tan agresiva, y definitivamente no querían tener problemas con el criado del capitán por más que ambos estuviesen reñidos.

-¿No cree usted, señor, que este bizcocho está muy seco? -Le preguntó Jehan a Pigafetta con la esperanza de hacer la situación menos incómoda.

Afortunadamente, su estrategia funcionó y en un par de segundos Pigafetta ya estaba quejándose del bizcocho como si nada hubiese pasado.

En realidad, nadie comprendía por qué aquel hombre se quejaba tanto del bizcocho precisamente aquel día: el bizcocho era exactamente igual al que habían estado comiendo desde que salieron de Sevilla; además de que ni siquiera era posible entender el por qué sería malo que estuviese seco, pues obviamente era simple bizcocho y no podía ser de otra forma. Encima de todo, ¿por qué quejarse hasta ahora y por qué hacerlo justamente del bizcocho, cuando Pigafetta nunca se había quejado de nada?

En fin, el resto del almuerzo transcurrió muy tranquilamente, y nunca nadie supo por qué el criado del capitán se quejó de la comida. Poco después de que todo esto ocurriese, Jehan y el resto del grupo decidieron nombrar a este curioso suceso como "el misterio del bizcocho seco".

||

Después del incidente del bizcocho, las cinco naos finalmente comenzaron a dirigirse rumbo América, lo que ayudó a calmar a algo a la tripulación, que todavía tenía sospechas de Magallanes.

Durante aquellos días, entre los jóvenes grumetes de la nao Trinidad surgió una especie de fascinación en torno a Sebastián (que era el portugués al que le tocaba hacer la guardia nocturna del primer día, cosa que al final terminó haciendo Jehan).

Los grumetes sentían una inmensa curiosidad por ese hombre que casi nunca hablaba con nadie, y las historias que habían escuchado decir de él sólo podían aumentar el interés que tenían en aquel extraño personaje, que (y después de muchos ruegos) les había prometido contarle su vida a cambio de que le consiguieran una manta nueva, pues la que tenía era tan delgada y estaba tan rota que era prácticamente imposible cubrirse con ella por las noches.

Los jóvenes grumetes movieron cielo y tierra (a pesar de que se encontraban en medio de la mar) para conseguir aquella manta, y lo lograron a base de molestar a Antonio Pigafetta por días enteros para que este convenciera al capitán de darle la dichosa manta a Sebastián.

Durante una de aquellas noches en las que hay un hermoso cielo despejado y lleno de estrellas, todos los grumetes se reunieron en un rato libre que por casualidad habían tenido, formando un pequeño círculo al sentarse todos alrededor de Sebastián.

Hubo un breve silencio por parte de los presentes, que se rompió únicamente cuando Sebastián se dirigió a los grumetes que estaban sentados alrededor suyo.

-Bien. No sé qué hicieron todos ustedes para conseguir una manta nueva para mí, pero como he prometido contar todo lo que me ha acontecido a lo largo de mis años, voy a decirlo confiando en que ninguno de ustedes va a juzgarme ni va a atreverse a criticarme, pues los únicos que pueden hacerlo son Dios y Jesucristo.

Los grumetes siguieron callados y asintieron frenéticamente para intentar demostrarle a Sebastián que cumplirían con su petición a la perfección. Después de unos momentos, Sebastián volvió a hablar:

-Hace muchos años era yo un niño como todos ustedes (Sebastián veía a todos los grumetes de la tripulación como niños aunque ya ninguno lo era), es decir, cuando yo tenía unos 10 u 11 años, vivía yo con mi madre en un pequeño pueblo. Éramos muy pobres, y como mi padre había muerto, mis hermanos y yo teníamos que trabajar para ganarnos la vida. Durante algunos años fui un criado, pero mi amo era tan avaro que apenas y me daba de comer y de beber, así que decidí dejar aquel trabajo y probar suerte en la mar; creyendo que las olas de Dios me llevarían a donde fuera que tuviese que estar. No negaré que fui un hijo mal agradecido y un mal hermano, y jamás volví a ver a mi familia más que en la ocasión en la que mi madre murió y yo volví a mi pueblo natal para despedirme de ella. No critico a mis hermanos, pues se convirtieron en unos hombres muy buenos e incluso todos ellos se volvieron muy ricos. Fui yo el único hijo que fue desgraciado, y sé que mis hermanos están mejor sin mí. Después, cuando ya era un joven, conocí a mi esposa. Ella fue una buena mujer y tuvimos dos hijos. A diferencia de mis hermanos y sus familias, nosotros siempre fuimos muy pobres y no fueron pocos los días en los que no probamos bocado. El poco dinero que teníamos lo usábamos para pagar las deudas que yo iba juntando por el juegos y por el licor.

Sebastián se interrumpió durante un momento como para asegurarse de que lo seguían escuchando. Le temblaba la voz y, aunque era difícil ver su rostro debido a la oscuridad, Jehan pudo darse cuenta de que probablemente estaba llorando. Al ver que los jóvenes grumetes no desviaban su atención de él, Sebastián respiró profundamente y continuó su relato.

-Me sentía furioso con mis hijos y con mi mujer porque creía que sin ellos todo iría mejor. Mi esposa jamás me reclamó nada, y sencillamente se dedicó a cuidar de nuestros hijos. No hubo ni un sólo momento en el que no me sintiera desgraciado, pero jamás le pedí ayuda a nadie: yo había sido un mal hermano y un mal hijo, y sabía que no me merecía ningún socorro que alguien pudiera darme. Pero mientras más tiempo pasara, y aunque mi esposa y yo trabajábamos más y más, el dinero seguía haciéndose cada vez menos gracias a todas mis deudas. Fue entonces cuando nos ocurrió una gran desgracia: mi hijo mayor enfermó. Parecía que la enfermedad podía tratarse, pero no podíamos permitirnos pagar un médico. Mi único consuelo por aquel entonces fue la bebida, y gasté lo poco que nos quedaba en eso. Mi hijo murió poco después, sin que su padre tan siquiera hubiese hecho el más mínimo esfuerzo por salvarlo; y sepan ustedes que lo que hice en ese entonces es algo de lo que me arrepiento siempre y que me quita el sueño por las noches. Yo no supe hacer

otra cosa que huir al mar, en donde nadie me conocía y nadie podía reprocharme nada. Tenía la esperanza de que siendo marinero podría convertirme en un hombre de bien y ganar suficiente dinero para que la familia que me quedaba pudiera tener una vida mejor. Pero en el fondo yo sabía que nada de eso podía pasar.

Algunos meses después de la muerte de mi primer hijo, finalmente volví a casa. Había ganado un poco de dinero gracias al arduo trabajo que hice como marinero, y creí que podría pagar algunas deudas con él. Pero en cuanto entré a aquella casa, me encontré a mi mujer con los ojos llenos de lágrimas y con mi hijo pequeño recostado en la cama. Un par de noches antes de que yo llegara a casa, mi hijo, sabiendo que mi mujer dormía, se escapó y estuvo toda una noche rondando por las calles, pero no tardó en perderse. Llegó al pequeño bosque que estaba a las afueras de nuestro pueblo y se subió a un árbol para intentar encontrar el camino de regreso a casa, pero dio un paso en falso y se resbaló y cayó. Lo encontraron inconsciente a la mañana siguiente y se lo llevaron a mi mujer, que estaba desesperada y no sabía qué hacer. Todo esto lo sé, señores, por las mismas palabras de mi esposa y de mi hijo, que ya por ese entonces parecía estar delirando. Con el poco dinero que tenía hice llamar al médico, pero él me dejó muy en claro que ya no había ninguna esperanza: al caer, mi hijo se golpeó en la cabeza, y ya sólo era cuestión de días antes de que muriera.

Yo estaba destrozado, y le hice amargos reproches a mi esposa y a mi hijo, que apenas y era un chiquillo de nueve años por aquel entonces. Cuando le pregunté por qué había escapado de casa aquella noche, él me miró con sus ojos asustadizos, y me dijo que creía que debía trabajar para ayudarnos a su madre y a mí; y que estaba enojado porque jamás se lo habíamos permitido debido a su edad y a su mala salud. Según él, su intención aquella noche era la de encontrar un trabajo y volver a casa para sorprender a su madre con el dinero que había ganado. Todavía recuerdo la expresión que llevaba en el rostro cuando me preguntó "¿estás enojado, padre?"; ¡cuántas veces he querido volver a ese instante, abrazarlo y decirle que jamás podría enojarme con él! Pero no lo hice, y así como mi primer hijo, él murió también unos días después.

En ese momento, se escuchó un leve ruido en la cubierta. Todos se habían quedado tan concentrados y tan impresionados por el relato de Sebastián que aquel ruido causó un desconcierto general. El ruido resultó ser una serie de gotitas de agua que comenzaban a impactar con la madera de la superficie del barco. El grupo de grumetes decidió que lo mejor sería moverse de lugar, pues en donde se encontraban no había duda de que terminarían empapados por la lluvia. En tan sólo unos minutos, el cielo se había nublado por completo, ocultando a las estrellas y dejando como única cosa visible a los suaves rayos de luz de la luna.

Los grumetes se separaron para prepararse ante la inminente tormenta, que muy posiblemente sería una gran tempestad. El último grumete en levantarse del suelo en el que se habían sentado fue Jehan. Se fijó en que la luz lunar ahora dejaba ver por entero el rostro de Sebastián, pues este al moverse había logrado ponerse en el ángulo exacto en el que se posaban algunos de sus rayos. Tenía una expresión de sentir un gran sufrimiento interno, y las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Evidentemente, contar la tragedia de sus hijos y de su esposa había sido algo muy difícil para él.

Ya había comenzado a llover con mayor fuerza, pero Sebastián aún no se movía de su sitio. Jehan se acercó a él y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse, pero él dudó mucho antes de tomarla.

-¿Por qué molestarse en ser bueno conmigo? -Escuchó decir al hombre en un susurro casi imperceptible.

"¡Dios mío, cuánto sufrimiento hay en este mundo!" Pensó Jehan casi al borde de las lágrimas. Esa noche, al rezar antes de irse a dormir, la única súplica que le hizo a Dios fue la de aliviar el sufrimiento de los hombres.

III

Las tormentas no pararon en los siguientes días. Las olas golpeaban furiosamente a las cinco naos, y la tripulación a veces tenía que realizar peligrosas maniobras para aprovechar los vientos y evitar que las tempestades hiciesen demasiado daño a las embarcaciones.

En una de aquellas noches en las que gigantescas nubes cubrían el cielo y en las que la lluvia caía bruscamente sobre la nao Trinidad, el viento fue tan fuerte que logró enrollar una parte de una vela de gavia en el mástil. Rápidamente, se envió a un grumete y a un marinero a arreglar el problema.

Jehan y otros compañeros más se quedaron observando desde la proa a las dos figuras humanas que subían rápidamente por el mástil aunque el agua los empapara por entero y el viento se encontrara en su contra.

Algunos marineros indicaban con gritos a sus compañeros desde donde se encontraban algunas formas y direcciones en que se tenía que mover la vela para desenrollarla. Jehan podía darse cuenta de lo peligroso que era todo aquello, y temía que el grumete se resbalase y cayese por estar mal agarrado al mástil. Fue una cuestión de segundos hasta que sus miedos se hiciesen realidad: el grumete resbaló y estuvo a punto de caerse, sólo que fue capaz de salvarse a tiempo.

No obstante, el pobre grumete se encontraba aterrado (lo que en su situación era perfectamente normal); y aunque esto no hubiera representado un gran problema en cualquier otra circunstancia, en aquel instante el joven estaba subido todavía al mástil y la vela tenía que terminar de desenrollarse, lo que hacía que su miedo pudiera ser fatal si lo llevaba a dar algún paso en falso.

El joven empezó a sentirse muy mareado, pero continuó con su ardua tarea a pesar de ello. La vela era grande y pesada, y él tenía que cuidarse de ayudar a moverla mientras continuaba aferrado al mástil, que era su único soporte para no caer.

-¡No mires abajo! -le gritó Jehan en un intento por tranquilizarlo.

Jehan estuvo en lo correcto al también gritar que sólo hacía falta un pequeño tirón para liberar la vela por completo, pero cuando el grumete le dio un buen jalón a la vela se resbaló de nuevo. Intentó aferrarse a la pesada tela y volver a la posición en la que estaba antes, pero se sentía demasiado desorientado como para saber qué estaba haciendo. El marinero intentó ayudarlo, pero todo fue en vano: en un abrir y cerrar de ojos ya no podía verse al grumete, y en medio de la confusión general que esto causó, se escuchó el sonido de un golpe fuerte y seco contra el suelo que los alarmó a todos.

De toda la lluvia que llegaba a los pies de Jehan, hubo un pequeño hilo que parecía llevar un líquido rojo que se había mezclado con el agua. No hizo falta que se lo pensara demasiado para que Jehan pudiera darse cuenta de que se trataba de la sangre del joven grumete.

Inmediatamente todos corrieron hacia el bulto que había caído en el suelo y del cual había brotado la sangre: era el grumete, que no reaccionaba a las sacudidas que le daban sus compañeros y que no parecía estar respirando. Lo llevaron a una de las estancias del barco, envueltos todos en un frenesí causado por el miedo y el impacto. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el joven ya estaba muerto. Muy probablemente, fue el golpe en la cabeza que se dio al caer lo que lo mató.

Nadie supo en qué momento el capitán de la nao entró en la estancia, pero aún así intentaron explicarle lo ocurrido. Jehan, por su parte, no pudo soportar la terrible escena y salió corriendo. Llegó hasta la borda, cerca del sitio en donde había ocurrido el accidente. Las náuseas lo vencieron y comenzó a vomitar. En ese momento, todas las cosas a las que no les había dado importancia lo asaltaron al mismo tiempo multiplicadas por el miedo y por la repulsión: acababa de ver morir a un muchacho que tenía la misma edad que él; se encontraba demasiado lejos de casa y de sus padres, llevaba más de dos meses a bordo y no sería una sorpresa para nadie que muriese él también.

Aquella noche se registró la primera muerte de un tripulante a bordo de la nao Trinidad. El cuerpo de la desafortunada víctima tuvo que ser arrojado al mar poco después, pero su rostro quedó grabado en la memoria de Jehan para siempre.

Después de lo ocurrido con el joven grumete, reinaba un ambiente sombrío en la nao Trinidad; no obstante, nadie se atrevía a decir nada. Quizás en esto influyó el arresto de Juan de Cartagena, pues este fue muy eficaz para silenciar las críticas. Todo esto había ocurrido gracias a que durante una reunión celebrada entre el capitán general de la expedición y los capitanes de las otras cuatro naos, Juan de Cartagena llamó "capitán" a Magallanes en vez de "capitán general", y por más que esto podía verse como una nadería, Magallanes lo utilizó como excusa para ordenar su arresto.

Ya a finales de noviembre, y después de dos meses de navegación, hubo un avistamiento de tierra: por fin habían llegado a América, y la tierra que habían visto era la del Cabo de San Agustín. A pesar de los grandes deseos que todos tenían por desembarcar, esto no pudo ser posible porque si lo hacían podrían ser vistos y capturados por los portugueses.

Fue entonces cuando comenzaron los rumores de lo que ocurría en la San Antonio: decían que aquella tripulación estaba aterrada de Magallanes, y que el proceder de este mismo estaba contribuyendo a sus temores. Las cosas no pintaban muy bien, pero la situación seguiría relativamente calmada por algunos meses más.

Por su parte, Jehan se deshacía de miedo. Su salud últimamente había estado empeorando y las cosas llegaron a tal punto que él mismo temió por su vida: se encontraba débil y exhausto, además de que tosía mucho y en ocasiones le era difícil respirar.

Mientras tanto, François había tenido un cambio de comportamiento radical en los últimos días. Se encontraba distraído y parecía que algo lo preocupaba día y noche. Le costaba mucho dormir, siempre parecía molesto con todos y era más impulsivo que de costumbre; comía poco, rezaba con demasiada frecuencia (incluso a veces se quedaba despierto por noches enteras para rezar) y repentinamente había tomado una actitud muy desconfiada hacia Jehan, lo que provocó que este se alejara de él.

Después de un par de días llegaron a una hermosa bahía. Allí, el cielo era muy claro y despejado; hacía bastante calor y el sol brillaba alegremente como dándoles la bienvenida a los cansados aventureros. Todo el paisaje estaba repleto de vida: había árboles altos y frondosos, hermosas flores y cientos de plantas que decoraban cada

una con sus colores y su frescor el amplio espacio en el que se encontraban. Finalmente (y después de un duro viaje que los había agotado a todos), podían conseguir un poco de paz.

No tardaron en establecer contacto con la población de la bahía, y pudieron hacer algunos tratos muy beneficiosos con ellos, que les ofrecían grandes cantidades de carne y alimentos a cambio de los objetos que les parecían curiosos o bonitos.

En una de aquellas agradables noches que pasaron en la bahía, Jehan pudo ver a Sebastián y a François charlando. Nada de eso le pareció fuera de lo normal, hasta que pasó cerca del lugar en donde estaban sentados y ellos callaron de inmediato, mirándole con desprecio y desconfianza.

Jehan pudo notar que su presencia no era del todo bienvenida, lo que lo ofendió e hizo que en vez de simplemente callar y pasar de largo sintiese unos deseos enormes de sentarse frente a aquellos dos hombres y no abandonar su sitio; pero al estar tan ensimismado en sus ideas se quedó plantado frente a ellos de una manera bastante incómoda. François, al ver que Jehan no tenía intenciones de irse, se levantó y se fue sin tan siquiera dirigirle la palabra. Sebastián, por su parte, lo observó fijamente por unos segundos.

-Cuando yo tenía la edad de usted, a veces también me pasaba que solía olvidarme de dónde estaba y de quién tenía enfrente, pero no tenía la costumbre de meterme en lo que no me incumbe.

Jehan fingió no escuchar la represalia en su contra, todavía sintiéndose ofendido por toda la escena que acababa de desarrollarse frente a él.

-¿Puedo sentarme con usted? -preguntó sin sentir ningún interés real por la respuesta.

Sebastián no respondió nada y señaló un espacio al lado suyo para que Jehan pudiera sentarse.

El cielo estaba repleto de estrellas aquella noche, y el suave silbido del viento penetraba en los oídos de todos los hombres, como si aquel sonido fuese una canción que entonaba la naturaleza tal y como ellos lo hacían cuando estaban a bordo y había tiempo libre.

-¿Por qué está usted tan triste? -dijo Jehan, rompiendo el silencio. La pregunta era más para sí mismo que para Sebastián.

-Porque creo que Dios me ha abandonado. -Contestó el hombre pasados algunos minutos y con la voz hecha un hilo.

-¿Qué le hace creer eso?

-Todo. Todo me hace creerlo. Mis hijos han muerto, y mi esposa también. No tengo dónde esconderme y no tengo a dónde ir. Así han sido las cosas siempre y así seguirán. Nada va a cambiar. Eso puedo asegurarlo.

Jehan le observó fijamente, pero bajó la mirada en cuanto vio que las lágrimas caían de los ojos de su compañero.

-No me mire, se lo ruego. -Susurró Sebastián, pero Jehan no le hizo caso. Sus suaves ojos azules volvieron a mirar a los de su compañero, que seguía llorando. -Aléjese de mí. No soporto tenerle cerca. ¡Váyase!, ¡Váyase! -gritó desesperadamente.

-¿Por qué no puede tenerme cerca? -Fue lo que Jehan dio por respuesta.

Sebastián lo miró por un par de segundos, analizando su rostro como si se estuviera acordando de algo.

-Escuche. Si mi segundo hijo no hubiese muerto, tendría ahora mismo la misma edad que usted. Estoy seguro de que si no hubiera muerto, sería exactamente, detalle por detalle, como usted. Ya le he dicho por qué no puedo tenerle cerca, así que ahora lárguese y déjeme en paz.

Finalmente, Jehan se levantó y se fue. Se encontraba profundamente conmovido y turbado mientras caminaba en la oscuridad. Fingía estar buscando un sitio para dormir, aunque en realidad su mente se encontraba en otro sitio. La cabeza le daba vueltas: la fatiga y su mala salud hacían que le fuera difícil concentrarse, además de que se encontraba mucho más irritable y se sentía agotado por completo.

De repente, sintió que alguien tiraba violentamente de su brazo. Al darse la vuelta, dio un brinco al encontrarse con François.

-¿Qué ocurre?

-¿Qué escuchaste de mi conversación con Sebastián? -Preguntó el mayor de los dos en un tono muy nervioso.

-Nada. No pude escuchar nada. Estaba tan perdido en mis pensamientos que no pude distinguir ni una sola palabra. Además, en cuanto me acerqué ustedes dos se quedaron callados. ¿Por qué lo pregunta?

-¡Ah! Con que estás espiándonos, ¿eh?; ¡Muy bien, muy bien! ¡No podía esperarme otra cosa de un amigo del capitán! No me creo nada de eso, a este perro viejo no se le

puede engañar. Yo sé que me has estado espiando... -François parecía no estar muy dentro de sí en aquellos momentos. Se veía que estaba enfermo y que tenía fiebre, además de que sus palabras apenas y tenían alguna coherencia. No se parecía en nada al François que Jehan había conocido al inicio de su travesía.

-Pero, por el amor de Dios, ¿de qué habla usted? Está usted loco. Yo no he espiado a nadie.

-Ya sabía yo que ibas a responderme así. ¡Mequetrefe! ¡No puedes esconderte ahora que te he descubierto! Seguramente has estado engañando a todo el mundo, escuchando sus conversaciones desde un rincón y metiéndote en lo que no te importa... pero yo soy muy astuto, ¡lo sé todo! ¡Si de seguro y por eso te has hecho amigo de don Bizcocho! (Es decir, Pigafetta).

-Usted está loco... -respondió Jehan, soltándose del agarre de su compañero -no sé qué es lo que le pasa, pero le aseguro que se está usted imaginando cosas.

-Muy bien, muy bien. Ya verás que yo no me imagino nada, señor Conde. Ya veremos qué tal te va después. -Escuchó decir a François mientras él comenzaba a alejarse apretando el paso.

La actitud de François a lo largo de los últimos días no podía calificarse de otra forma que no fuese sospechosa. Jehan había intentado ignorar este cambio de carácter lo mejor que pudo, pero el hecho de que algo no estaba bien con la mente de su compañero era imposible de negar. Después de otros minutos más de estar andando, pudo encontrar un buen sitio para echarse a dormir; pero esa noche apenas pudo pegar el ojo, pues todas sus preocupaciones le quitaban el sueño.

||

A pesar de que todos sentían unos grandes deseos por quedarse en aquella encantadora bahía, el viaje tenía que continuar para poder así intentar hallar el paso hacia el Mar del Sur. Comenzaron a descender por las costas, buscando la entrada a las aguas infinitas de un océano que todavía no se dejaba ver.

En un inicio, estos viajes de exploración no daban ningún resultado, pues todo lo que podían encontrar eran grandes ríos que desembocaban en el mar, pero que estaban muy lejos de ser lo que estaban buscando.

Afortunadamente para ellos, las provisiones que llevaban parecían ser suficientes para poder continuar la travesía durante al menos algunos meses, así que los principales problemas en aquellos momentos eran el agua para beber y las ratas y animalejos que echaban a perder las reservas.

Por un lado, el agua se corrompía demasiado rápido, y era necesario mezclarla con vino para esconder (al menos parcialmente) su desagradable sabor. Además, la higiene a bordo era prácticamente inexistente: el agua limpia era muy importante y sólo estaba destinada al consumo de la tripulación, por lo que el aseo personal no era algo muy frecuente.

Pero para Jehan no había otra opción que la de lavarse a sí mismo y a su ropa con el agua de lluvia que podía recolectar en un cubo: tenía un olfato muy sensible, y aunque la mayor parte del tiempo era capaz de aguantar el mal olor de sus compañeros, su propio mal olor unido a ver su ropa sudada y grasienta le causaban unas náuseas insoportables. Esos eran los únicos momentos en los que maldecía la cómoda y lujosa vida que había llevado antes de su viaje, pues se había acostumbrado demasiado a sentirse limpio y a perfumarse.

Obviamente, los resultados que podía obtener al lavar su ropa con el agua de lluvia no eran magníficos; pero como no podía deshacerse de la necesidad que tenía de sentirse limpio (al menos en un grado mínimamente aceptable) utilizaba su ingenio para satisfacerla, sin importarle en lo absoluto que no pocos de sus compañeros se burlasen de él.

Por otro lado, las ratas, los gusanos y hasta el hongo eran capaces de echar a perder una gran porción de las reservas que tenían; y por más cuidadosos que fueran al almacenar cada cosa, siempre terminaban por encontrarse con alguna que otra desagradable sorpresa al revisar las bodegas.

Jehan estaba aterrado de que el escorbuto comenzara a hacer destrozos entre los miembros de la tripulación: ya llevaban varios meses navegando y no sería nada extraño que aquella enfermedad comenzara a causar verdaderos estragos. Después de todo, a bordo no era posible llevar muchos alimentos frescos (pues podían echarse a perder demasiado pronto), y los animales que llevaban consigo tendrían que ser sacrificados en algún punto.

A veces, cuando tenían la oportunidad intentaban ponerse a pescar. Los resultados de la pesca no solían ser muy buenos, pues la tripulación pocas veces atrapaba peces, y cuando lo hacía, muchos de ellos lograban escapar y otro tanto tenía que descartarse porque muchos de los peces eran demasiado pequeños y no se podían comer.

Magallanes, por su parte, seguía siendo el mismo de siempre: gruñón con la mayor parte de sus hombres y severo a la hora de dar órdenes. En los ojos del resto de la tripulación, el capitán no había cambiado en nada; pero para Jehan y sus amigos no era difícil ver que se encontraba más concentrado que nunca en su tarea de encontrar un paso hacia la Mar del Sur: sabía que existía y que no podía estar demasiado lejos de él, así que ahora mismo la cuestión era encontrarlo.

Durante muchos días sus esperanzas y las de sus hombres se encendían y se extinguían a casi cada avance que hacían en las aguas, sin poder jamás encontrar el tan ansiado paso que tanto estaban buscando.

Naturalmente, el no encontrar ningún paso a la Mar del Sur que pudiese conducirlos al Moluco estaba comenzando a traer nuevos problemas que iban más allá de agua corrompida mezclada con vino sumada a ratas y gusanos haciendo de las suyas con las reservas.

Siempre fue evidente que la confianza que la tripulación ponía en Magallanes era extremadamente frágil, y cualquier suceso podría hacerla temblar como un barco de papel en medio de una tempestad. Pero todo esto parecía ser completamente indiferente para el capitán: su carácter no había mejorado para nada con la gran parte de sus hombres y esto servía como un perfecto caldo de cultivo para conspiraciones y rebeliones en su contra.

Jehan intentaba aconsejarle que fuera un poco más prudente en su trato hacia sus hombres, ya que si estos se rebelaban en gran número (cosa que no parecía nada improbable en aquel momento) no podría darse el lujo de castigarlos a todos, puesto a que eran necesarios para la expedición.

Por su parte, Pigafetta (que ahora era muy conocido por su alias de don Bizcocho) solía seguirle la corriente a Magallanes, que lo consideraba un buen amigo a pesar de que reñían con relativa frecuencia. No obstante, lo único negativo en esta amistad era que la admiración que Pigafetta sentía por Magallanes lo impulsaba a seguir animándolo y dándole la razón, lo que sólo provocaba que el capitán siguiese siendo mezquino y severo en vez de cambiar su actitud.

A medida que los días avanzaban las naos lo hacían también: Magallanes sabía que no podía estar muy lejos del paso hacia el Mar del Sur y nunca perdía sus esperanzas, que él ya consideraba casi como hechos consumados. Y aunque después descubriría con gran satisfacción que había tenido la razón, en su momento ni él ni sus hombres podían saberlo por completo más que por medio de meras conjeturas.

A medida que bajaban por el mar podían notar que las tierras se volvían menos anchas, pues cada vez tenían que adentrarse más y más en las aguas para poder seguir las líneas que trazaba la costa. La esperanza surgió de nuevo, pues esto sólo podía significar que existía un mar cerca. Llegados a cierto punto pudieron observar lo que parecía ser la entrada a un ancho océano: y les pareció que finalmente habían encontrado lo que buscaban.

El entusiasmo inicial fue indescriptible y comenzaron a adentrarse en aquellas aguas desconocidas. Pero la felicidad se convirtió en una amarga decepción cuando pudieron darse cuenta de que aquella no era la entrada a un nuevo mar, sino la desembocadura de un gigantesco río.

Lo peor de todo fue que tuvieron que hacer reparaciones a la nao Santiago, pues había encallado al intentar explorar más al fondo el río. Los días siguieron pasando sin dar ningún resultado. Exploraban y exploraban, pero todo resultaba siempre en vano: las cosas llegaron a tal punto que ya casi nadie quería seguir con aquella aventura, que a muchos ya les parecía más bien una pérdida de tiempo.

Durante aquellas largas semanas de exploración la esperanza iba muriendo poco a poco.

Para empeorar aún más las cosas, el escorbuto tampoco se hizo esperar: aunque la nao Trinidad no fue la más afectada por la enfermedad, aún así perdieron algunos hombres gracias a ella.

Por su parte, Jehan se había alejado completamente de François, y trataba a Sebastián con muchas reservas. Su círculo más cercano dentro de la tripulación ahora giraba en torno a Magallanes y a los amigos de este.

Aunque aquel cambio de amistades le había sentado bien, Jehan comenzó a aislarse: ya no hablaba tanto como antes y pasaba una gran parte de su tiempo sumido en profundas reflexiones, que a menudo escribía en un cuaderno que llevaba consigo desde el inicio de la expedición.

Su salud estaba débil, pero Jehan hacía todo lo que podía para ignorarlo. Seguía las órdenes que se le daban de una manera mecánica y sin pensárselo mucho. A menudo le venían a la cabeza recuerdos de su infancia y de la temporada que pasó con la tía Marguerite, y se preguntaba en dónde había quedado aquel mar tan encantador y aquellos atardeceres tan bellos que le habían cautivado mucho cuando niño, pero que ahora era incapaz de encontrar en el corazón mismo de la aventura con la que tanto había soñado alguna vez.

A medida que pasaba el tiempo el clima iba enfriándose: ya estaban en febrero, y aunque a penas y se encontraban en la entrada del otoño, todos comenzaron a temer la llegada del invierno. Sus provisiones, aunque suficientes, no eran infinitas; además, se encontraban en tierras totalmente desconocidas y con cada día que pasaba el frío se hacía aún más intenso.

Ya a finales de marzo de 1520, Magallanes decidió que iban a hibernar en una bahía a la que llamó bahía de San Julián. A pesar de que sus hombres se encontraban insatisfechos con el rumbo que estaba tomando la expedición, obedecieron las órdenes del capitán general (aunque no lo hicieron de muy buena gana).

Pero lo que muchos no sabían era que hibernar no fue el único motivo por el que Magallanes quería pasar un tiempo en la bahía de San Julián: no era nada tonto, y ya se había dado cuenta de que algo se estaba tramando contra él.

Jehan pudo apreciar estas sospechas de primera mano: veía que el hombre se encontraba sumamente paranoico e irritable, además de que sufría de bruscos cambios de humor, cosa que solía ocurrirle cuando sabía que algo andaba mal.

Sin embargo (y como era costumbre en él), no dijo nada a ninguno de sus amigos acerca de sus preocupaciones (con excepción de Pigafetta), y un día al amanecer se abalanzó con 30 hombres sobre la nao Victoria, en la que tras un leve forcejeo murió un hombre.

Después la nao San Antonio intentó huir, pero la nao Trinidad le cortó el paso. Hubo una suerte de pequeña batalla en la que se dieron cuatro cañonazos, y así, tal cual, se rindieron los conspiradores.

Desde el punto de vista de Magallanes, el descubrimiento de aquella conspiración contra él probablemente significaba una gran victoria y una oportunidad para demostrar a todos que él era la máxima autoridad en aquella aventura. No obstante, para Jehan todas estas cosas ocurrieron demasiado rápido y tuvieron mucho más impacto que el que podría haber tenido una simple conspiración contra el capitán.

Capítulo IV

I

La mañana del día en que había ocurrido todo fue muy fría y desagradablemente húmeda. A penas unos días antes, Magallanes había decidido que había que ser aún más estricto respecto a las raciones de agua y de comida que correspondían a cada tripulante, lo que había descontentado muchísimo a todos los hombres de la expedición, creando una atmósfera tensa y hostil hacia el capitán general.

Jehan no había podido dormir en lo absoluto la noche anterior: de nuevo había reñido con François. Le sorprendía bastante pensar que tan sólo un par de meses antes lo había considerado como su amigo y hasta como su protector. Las cosas habían cambiado mucho desde entonces, y Jehan atribuía ese cambio tan radical en François a la pésima situación en la que se encontraban y a la disposición hostil que tenía hacia el capitán general.

No era un secreto para nadie que Magallanes había tratado con bastante desprecio a varios de sus hombres (entre ellos François, aunque el caso más extremo de esto fue el de Juan de Cartagena), y eso, sumado a la desconfianza que le tenía por múltiples motivos, hacía que François tratase con desprecio a aquellos que pertenecían al círculo más íntimo del capitán. Jehan no era la excepción, aunque, comparando las groserías que François tuvo para con él con las que tenía que soportar el pobre Antonio Pigafetta, podría decirse que recibía un trato casi privilegiado.

Y después vino la conmoción. Jehan no tenía ni idea de los planes que Magallanes tenía para controlar a la nao Victoria, que estaba planeando una rebelión. En cuanto comenzaron a darse órdenes por todos lados, Jehan se encontró completamente perdido. No sabía qué tenía que hacer, y antes de que tan siquiera pudiera consultar a Magallanes, se supo que la nao Victoria se había rendido (cosa bastante irónica tomando en cuenta su nombre).

Jehan seguía igual de confundido que antes, pero ahora no había más opción que formar parte de la acción: Magallanes se dio cuenta de que la nao San Antonio estaba intentando salir de la bahía en la que se encontraban, así que Jehan y los tripulantes de la Trinidad tuvieron que correr de un lado a otro para poder asegurarse de que la nao capitana le cortaría el paso.

No obstante, los de la San Antonio no querían rendirse tan fácilmente, y en seguida comenzó una especie de batalla en la que se dieron cuatro cañonazos en total, los cuales fueron suficientes para que los conspiradores se rindieran sin dar más pruebas de resistencia.

Rápidamente se celebró un consejo de guerra: Magallanes fue muy severo, y hubo más de cuarenta condenados a muerte. No obstante (y justo como Jehan lo había predicho), como todos estos hombres eran necesarios para la expedición, el capitán no tuvo otra opción más que la de perdonar la mayor parte de estas condenas.

Es imposible imaginarse la sorpresa de Jehan al enterarse de que entre la lista de condenados que recibieron el perdón se encontraban François y Sebastián: ambos habían admitido cooperar en el levantamiento contra Magallanes, y cuál no sería su disgusto al saber que aquellos dos hombres habían querido mezclarlo a él en todo ese desastre.

Jehan fue interrogado, pero lo dejaron ir de inmediato porque era muy evidente que no sabía absolutamente nada sobre los preparativos que se hicieron para el motín. No obstante, las cosas no podían quedarse así: el joven grumete estaba furioso, y no iba a sentirse satisfecho hasta no haber ajustado las cuentas por su agravio.

Se encontraba débil y enfermo, pero aún así estaba más que dispuesto a dejarse la vida si era necesario con tal de vengarse de François o de Sebastián.

François logró dejar de ser parte de la tripulación de la nao Trinidad para ponerse al servicio de la San Antonio, que ahora tenía como capitán a un amigo y aliado de Magallanes [verificar].

Sebastián, por su parte, no tuvo tanta suerte: ahora tenía que echar a correr cada vez que veía a Jehan con una navaja en la mano si no quería que su compañero le matase.

Unos tales Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada (que Jehan no había conocido jamás) habían sido los principales rebeldes del motín, así que como castigo fueron asesinados y descuartizados. Jehan tuvo la pésima suerte de ver sus cadáveres antes de que fueran echados al mar, y no es muy difícil adivinar por qué tuvo que apoyarse sobre la borda para vaciar todo lo que llevaba en el estómago.

La escena se queda tan grabada en su mente que jamás pudo olvidarse de ella, y esta horrenda imagen serviría de maravilla para quitarle el hambre con tan sólo comenzar a recordarla. Para Jehan resultaba imposible aceptar que alguien había tenido que matar y descuartizar a aquellos hombres, y felizmente hubiera dado lo poco que le quedaba con tal de no enterarse de quién había hecho algo tan atroz.

Además de Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada, hubo otros dos rebeldes a quienes no se les perdonó la condena: Juan de Cartagena y el clérigo Sánchez de Reina.

Aquí la cosa se ponía más complicada. Como a ellos no se les podía matar por su categoría, pues uno era un enviado del rey y el otro era un religioso, se decidió que serían abandonados a su suerte en un islote con unas pocas provisiones. Después de abandonarlos ya nunca más se supo nada de ellos, aunque no sería nada descabellado asumir que no pudieron haber sobrevivido mucho tiempo al estar completamente por su cuenta.

Después de todos estos sucesos podría decirse que al fin hubo algo de calma. Durante aquella etapa del viaje, la caza y la recolección de leña contribuyeron a que los hombres pudieran pensar en otra cosa que no fuera la reciente rebelión o la necesidad de encontrar un paso hacia un mar que los llevaría a las Islas Molucas.

A veces, podían verse a lo lejos unas aves verdaderamente extrañas que eran bajitas y regordetas. Estas aves podían mantenerse erguidas como los humanos, aunque bien es cierto que caminaban con bastante torpeza (lo que siempre provocaba carcajadas entre los miembros de la tripulación). Pronto Jehan y sus compañeros se dieron cuenta de que estos eran unos animales con mucho sentido del humor, pues no era raro verlos empujándose entre sí sólo por diversión.

Como no podían volar, cazar a estas aves no resultaba muy difícil. No obstante, los expedicionarios se encontraron con la desagradable sorpresa de que estos animales tenían una carne muy dura que no tenía un buen sabor.

Aunque no lo admitía, a Jehan le causaba bastante pesar comerse a unas criaturas que le resultaban tan simpáticas. Sabía que muy probablemente no era el único que se sentía así, pero nunca se lo dijo a nadie por miedo a despertar las burlas de sus compañeros.

Un día, mientras se encontraban haciendo sus actividades diarias apareció un hombre muy alto. Los miembros de la tripulación pensaron que probablemente se habían topado con algún hombre indígena del lugar, y debido a su extraordinaria estatura decidieron nombrar a este grupo de personas como “patagones”.

Un tiempo después, la nao Santiago salió de exploración, pero encalló. Sus tripulantes tuvieron que volver a donde sus compañeros caminando, y aunque se hicieron grandes intentos por salvar el barco no hubo más remedio que recuperar todo lo que pudieron de sus bodegas y distribuir a sus hombres entre las tripulaciones de las otras naos.

En cuanto a Jehan, resultaba sorprendente que todavía no se hubiese vuelto loco: quería regresar a casa lo antes posible, tenía muchísimo miedo y creía que Sebastián y François conspiraban en su contra (después de todo, si lo hicieron con Magallanes, ¿por qué no lo harían con él?). Además, por las noches sufría de terribles pesadillas en las que se imaginaba que él iba a terminar como los dos rebeldes cuyos cadáveres Magallanes había hecho tirar al mar.

Por otra parte, Jehan podía estar tranquilo en cuanto al escorbuto: en su cuerpo no podía verse ni un solo rastro de la enfermedad, lo que resultaba verdaderamente magnífico considerando que varios de sus compañeros ya habían comenzado a verse atormentados por sus síntomas.

Aún así, el verse libre del escorbuto no le daba ninguna tranquilidad. Ahora estaba plenamente consciente de su pésimo estado de salud, y lo peor de todo era que ya no sabía a qué atribuirlo: ¿veneno? Incluso para él, que creía que todo el tiempo alguien conspiraba en su contra, la idea resultaba muy exagerada. ¿Viruela? Quizás alguno de sus síntomas encajaba, pero sabía perfectamente que de realmente tener la enfermedad se habría dado cuenta desde hacía bastante tiempo. ¿Locura? Por el momento le parecía la posibilidad más plausible y, a decir verdad, creía que era la menos aterradora.

Jehan, que rezaba con fervor al inicio de su aventura, ahora estaba invadido por una suerte de indiferencia hacia lo espiritual. Después de todo lo que había visto ya no le era posible tener la misma fe que antes, y a todo eso se sumaba el hecho de que ahora la simple idea de arrodillarse a rezar le provocaba náuseas.

Quería tener fe y creer sinceramente, pero su inocencia perdida ya no iba a dejarle vivir en paz consigo mismo y con los demás. La fe ciega se había esfumado, y dejó tras de sí a un joven torturado por las dudas que jamás volvería a ser el mismo.

Jehan y varios de sus compañeros intentaron razonar con el capitán para pedirle que volvieran a Sevilla, pero Magallanes se negó en rotundo y exigió continuar con el viaje. Fue a mediados de octubre de 1520 cuando, después de oír misa y haber comulgado, las cuatro naos restantes partieron nuevamente para volver a adentrarse en el mar.

Unos cuantos días después comenzó una muy trabajosa navegación a través de un estrecho que bautizaron como estrecho de Todos los Santos. Cuando doblaron por el cabo Vírgenes se encontraron con una bahía en donde fueron sorprendidos por un gran temporal que los obligó a levar anclas y dejarse llevar por las aguas. La nao San Antonio y la Concepción fueron enviadas a explorar los alrededores, y, finalmente, a su regreso anunciaron al capitán general que habían encontrado el paso hacia el mar del Sur.

||

Jehan se había imaginado cientos de veces el momento exacto en que recibiría la noticia de que habían llegado al fin al tan ansiado paso que estaban buscando, pero jamás se imaginó que recibir aquella noticia no tendría otro efecto que el de hacerle sentir un miedo extremo por lo desconocido. “¡Yo, el joven conde de Brie, loco y enfermo! ¡Bonita manera de volver a España!” Pensaba Jehan riéndose amargamente.

La navegación a partir de ese entonces probaría ser de todo menos fácil: era muy complicado atravesar el estrecho, y tenían que hacer paradas continuamente para hacer un reconocimiento de las aguas para comprobar si era seguro navegar a través de ellas.

Muchos aconsejaron a Magallanes renunciar a su proyecto de llegar a las Islas Molucas, pero, naturalmente, él no estuvo dispuesto a ceder en lo absoluto. Jehan, por su parte, se enfrentaba a un dilema muy difícil: temía por su vida y extrañaba a su familia, pero sentía que se encontraba en un punto en el cual ya era imposible volver atrás sin terminar lo que ya se había comenzado.

Mientras tanto, las cuatro naos habían logrado navegar un buen trecho sin tener ningún incidente grave. No obstante, la cosa pronto cambiaría drásticamente: durante una tranquila madrugada se encontraron frente a dos amplios canales, y hubo que decidir por cuál de ellos era más seguro pasar.

La nao San Antonio y la Concepción fueron enviadas a explorar los dos canales mientras todos los demás se quedaban en la entrada de los canales para esperarlos. Pero la cosa tuvo resultados catastróficos, pues los de la San Antonio se amotinaron y apresaron a su capitán para después intentar aprovechar la oscuridad de la noche para volver sobre sus pasos y regresar a España.

La nao Concepción regresó a donde la Victoria y la Trinidad sólo para encontrarse con que la San Antonio había desaparecido. En un inicio nadie consideró la idea de una huida de la San Antonio como una posibilidad, pero las sospechas tampoco tardaron en surgir.

Por otra parte, la noticia de la desaparición de la nao San Antonio fue desoladora: todos sabían que allí se llevaban una gran parte de los víveres y objetos importantes que tenían, pero no había más opción que la de seguir adelante.

De las cinco naos que habían comenzado la travesía al mando de Magallanes ahora quedaban tan sólo tres, y una parte muy importante de sus reservas de agua y comida se habían perdido.

III

Después de recuperarse un poco del impacto provocado por los acontecimientos recientes, Jehan salió a cubierta para tomar el aire.

Respiró profundamente, dejando que la brisa marina de la mañana llenase sus pulmones. Contempló las suaves olas y ondas que se formaban en torno al barco, y volvió a encontrar al sublime cielo del amanecer que no había podido admirar desde hacía mucho tiempo gracias a que sus obligaciones como grumete le dejaban poco tiempo libre.

A pesar de todo lo que había ocurrido en los últimos días se encontraba en un estado de calma. Hacía muchísimo frío, pero aquello no podía importarle en un momento de tanta belleza. Pero su calma no duraría mucho, pues poco a poco, mientras el agua mecía la nao suavemente, un horrendo sentimiento de angustia comenzaría a apoderarse de él.

Un recuerdo empezó a mostrarse en su mente. Primero, la imagen que mostraba era confusa y muy borrosa, pero rápidamente fue tomando forma y se presentó a Jehan como la sangrienta escena en la que los cadáveres descuartizados de los dos rebeldes condenados a muerte por Magallanes estaban siendo tirados por la borda.

En seguida comprendió lo que ocurría: se encontraba parado en el mismo sitio que unas semanas antes había servido para tirar los cadáveres sin vida de aquellos hombres al mar. Inmediatamente, las náuseas surgieron en su estómago, y Jehan se alejó tambaleando del lugar haciendo un esfuerzo sobrehumano por no vomitar. Su esfuerzo, sin embargo, no sirvió de nada, y después de vomitar no fue capaz de probar bocado por el resto del día.

A veces se preguntaba si François podría haber tenido algo que ver con la huida de la San Antonio, y supuso que, como después de lo ocurrido en San Julián había pasado a formar parte de la tripulación de esa nao, muy probablemente allí también había tenido la ocasión de intrigar contra el capitán.

Durante los días que siguieron a su salida del estrecho, los tres barcos fueron adentrándose poco a poco en el mar que habían estado buscando. Magallanes le había advertido a Jehan que este era un mar muy grande, y que probablemente tardarían algún tiempo en cruzarlo antes de llegar a las Islas Molucas.

En aquel mar los paisajes eran magníficos y las tempestades muy poco frecuentes. Gracias a eso habían decidido bautizarlo como “el mar Pacífico”. Los primeros días que pasaron cruzándolo fueron muy placenteros, pero pronto se dieron cuenta de que la calma de estas aguas iba a ser un gran problema: los vientos que los empujaban eran sumamente débiles, y no parecía haber ninguna corriente que pudiera ayudarlos a llegar más rápidamente a su destino.

Después de dos o tres semanas de navegación, la situación comenzó a ser preocupante: a pesar del duro golpe que fue la pérdida de la Nao San Antonio y los víveres que iban con ella, habían estado bastante confiados en que tendrían las provisiones suficientes para llegar hasta las Molucas, en donde podrían descansar y abastecerse. No obstante, las reservas disminuían a un ritmo mucho más rápido de lo que habían predicho, por lo que tenían que apresurarse a llegar a las Molucas antes de que su situación resultase aún más crítica.

Durante los meses pasados el escorbuto había causado verdaderos estragos entre la tripulación, que se encontraba muy debilitada debido a la necesidad de disminuir las raciones de agua y de comida que se había presentado recientemente. La cantidad de hombres enfermos no paraba de aumentar mientras que la desesperación se hacía presente y la esperanza comenzaba a desaparecer.

Jehan se encontraba sumamente preocupado: ¿qué ocurriría una vez que la comida se acabase por completo? ¿qué harían si no podían llegar a las Molucas? ¿acaso tendrían que morir perdidos en medio de la nada, hambrientos y consumidos por la más horrenda de las miserias?

Cuando tenía el tiempo y las energías, Jehan intentaba cuidar de sus compañeros enfermos (a pesar de no estar del todo saludable él mismo). Sabía que no podría hacer mucho por ellos, pues al fin y al cabo él no era ningún médico, y en las condiciones en las que vivían hasta la más leve de las enfermedades podía resultar mortal.

Los días se volvieron monótonos, y a penas y podía importar en lo más mínimo el pasar de las horas. Ya ni siquiera le daban importancia a las ampolletas, que antes fueran tan importantes para saber cuándo se comería, cuando se descansaría y cuando podría darse por comenzada o terminada una guardia.

Algunos hombres se imaginaban que quizás llegaría algún barco a rescatarlos, pero este débil destello de esperanza de inmediato era borrado por la terrible verdad, que decía que ellos eran los primeros y únicos en haber navegado por aquel mar, por lo que era imposible que alguien, amigo o enemigo, los encontrase allí.

Con el tiempo, comenzó a hacerse necesario alimentarse de cualquier cosa para poder sobrevivir. Así, los tripulantes comenzaron a matar y a comer ratas, mientras que otros ponían objetos de cuero a remojar en agua por varios días seguidos para ablandarlos lo suficiente como para hacerlos mínimamente comestibles.

Esta repugnante comida era casi todo lo que les quedaba, y mientras Jehan miraba hacia el cielo nocturno repleto de estrellas, se preguntaba si alguna de esas luminosas estrellas lo protegería y lo llevaría a casa.

Capítulo V

|

Un suave viento empujaba a los marineros y a los grumetes de las tres naos que quedaban en la aventura.

Llevaban ya dos meses varados en el gigantesco mar Pacífico, y no parecía que el suplicio por el cual estaban pasando terminaría pronto.

Jehan había encontrado refugio en las ideas que cruzaban por su mente, por lo cual se había vuelto más retraído y sólo hablaba con sus compañeros cuando era esto era estrictamente necesario.

Sus únicas amistades cercanas eran Antonio Pigafetta y Magallanes, además de tener algunas relaciones cordiales con los amigos de este último.

Asimilar el hecho de que alguna vez había llevado una vida diferente a esta resultaba muy complicado para Jehan, y le era aún más difícil pensar que, si salía vivo de toda esta locura (cosa que creía imposible), algún día tendría que volver a ella.

Los rostros de todos a quienes había conocido antes de su travesía parecían mezclarse y desaparecer poco a poco en su memoria. Incluso los rostros de sus padres, que tanto se había esforzado por no olvidar, comenzaban a aparecer en su mente como los recuerdos borrosos de un sueño.

A Jehan ya no podía importarle nada. Estaba convencido que no llegaría nunca a casa, aunque se esforzaba por mantener su esperanza con vida. A veces, el hambre y la sed eran tan terribles que ya nadie tenía energías para hacer el más mínimo esfuerzo, y ese era uno de esos días.

Jehan no sabía de dónde había sacado las fuerzas suficientes para levantarse del lugar en el que estaba descansando. Las piernas le temblaban y a penas y podía mantenerse de pie; llevaba desde la tarde del día anterior sin probar bocado, y ya llevaba más de un mes alimentándose de un poco de membrillo y migajas de pan.

El sonido de un golpe seco fue lo que lo hizo levantarse. Le pareció que el sonido había venido de la bodega, y por más que hubiese preferido no tener que moverse en lo absoluto, sabía que no podía dejar pasar un sonido tan sospechoso. Esta era una escena que ya se había repetido decenas de veces en los últimos días: algún marinero o grumete desesperado por comida se escabullía hasta la puerta de la bodega sin que nadie se diera cuenta, y, una vez frente a ella, utilizaba toda la fuerza que le quedaba para intentar tirar la puerta abajo y así poder entrar a robar todo lo que pudiera.

En estos casos, siempre había alguien que reparaba en estos intentos desesperados por entrar a la bodega, y, entre gritos y maldiciones, hacía que el intruso se rindiera y (en dado caso de que hubiese logrado robar algo) devolviera lo que había robado de inmediato.

La situación en la que se encontraban ya era lo suficientemente crítica como para que alguien intentase robarse las pocas cosas comestibles que les quedaban, así que procuraban estar atentos para evitar este tipo de incidentes.

Esta vez, Jehan fue quien tuvo que levantarse para evitar que quien estuviese tratando de abrir la bodega con tanta determinación pudiera lograr su cometido. A medida que Jehan se acercaba al lugar de donde venía el ruido podía escuchar que los golpes se intensificaban, pero (para mala suerte de quien estuviese tratando de entrar) la puerta simplemente no cedía.

Jehan no debería haberse sorprendido al ver que el intruso no era otro que Sebastián; después de todo, cualquiera podría estar igual de desesperado por comida como para intentar hacer lo mismo.

Pero esta vez Jehan simplemente no pudo soportarlo: llevaba meses viviendo como un animal, temiendo morir y preocupándose todo el tiempo por las reservas, quebrándose la cabeza con cálculos para intentar saber cuánto tiempo más podrían aguantar con la comida que tenían y sintiéndose desesperado al darse cuenta de que

no importaba con cuánta precisión racionara las reservas, pues la comida siempre se acababa mucho más rápido de lo que él era capaz de predecir con sus cálculos.

Así que, esta vez, la ofensa era personal.

Jehan se quedó como congelado por unos segundos, pero las manos le temblaban de rabia y de indignación. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Sebastián sintió que le hervía la sangre: había burla en esa mirada; burla y desprecio brutales sumados a una hostilidad casi animal. Lágrimas de furia caían por las mejillas del joven grumete, y justo cuando Sebastián comenzaba a alejarse cojeando su cuerpo reaccionó antes de que pudiera pensar en qué hacer.

- ¡Bárbaro, traidor! -Probablemente, Jehan se desgarró la garganta con la fuerza con la que gritó estas palabras. Las había dicho en un impulso, y en una fracción de segundo ya se había abalanzado sobre Sebastián, que luchaba por quitárselo de encima.

Jehan estaba completamente fuera de sí, y recuerdos de todas las cosas que le habían ocurrido desde el inicio de su viaje se sucedían unos a otros como destellos de luces rojas que lo aturdían y servían como leña para alimentar el incendio incontrolable de su furia.

Tenía ambas manos rodeando y apretando el cuello de su compañero, y un impulso de violencia lo hizo estar resuelto a no dejar que Sebastián saliera de la pelea con vida.

Jehan a penas y podía respirar, dando bocanadas de aire erráticas y murmurando palabras incoherentes. Sebastián, por su parte, sentía que la cabeza le daba vueltas y que los ojos se le cerraban. Quería gritar, pero el aire apenas y le alcanzaba para seguir con vida.

En un último intento por librarse del grumete, Sebastián lo tomó por los cabellos y golpeó su cabeza contra el suelo con tanta fuerza que Jehan perdió el conocimiento.

||

Cuando Jehan despertó un par de horas después se encontraba adolorido y desorientado. Más allá del dolor de la herida, el golpe en la cabeza no parecía haber ocasionado algún daño mayor.

Se encontraba en un sitio diferente del de la pelea, así que supuso que algún compañero suyo lo había llevado hasta allí para que se recuperara. Poco después, pudo ver que se encontraba en la pequeña habitación improvisada en la que dormía casi todos los días desde el inicio de la expedición.

Se incorporó con cierta dificultad y salió de la recámara para dirigirse a la cubierta. Una vez allí, Jehan tuvo que enfrentarse a la desagradable sorpresa de encontrarse con Sebastián, que estaba recostado en un rincón y que respiraba trabajosamente.

Jehan no estaba de humor para volver a meterse en una pelea, así que se dispuso a pasar de largo. Pero sus planes fueron impedidos cuando vio a un Sebastián enfermo y febril que le hacía señas para que se acercara. En un principio, Jehan desconfió del hombre pensando que probablemente quería atacarlo, pero su curiosidad superó a su sentido común y terminó por acercarse a su compañero.

Llevaba una pequeña navaja en la mano y la asía con fuerza, dispuesto a apuñalar a Sebastián si este intentaba lastimarlo.

-Agua, agua... -le escuchó decir. Había cerca de él un pequeño cuenco de madera con agua, y Jehan, acercándose con precaución, lo puso en los labios del enfermo.

- ¿Qué le ocurre? -Preguntó, muy extrañado de que el hombre con el que había peleado hacía apenas unas horas pudiese estar tan enfermo cuando durante la pelea se veía relativamente sano. Por un momento se asustó al pensar que quizás su mal estado se debía a su intento por estrangularlo. No obstante, esto parecía muy poco probable tomando en cuenta los síntomas del hombre que tenía frente a sí.

-Creo que usted puede verlo perfectamente. Estoy enfermo.

-Sí, puedo verlo. Pero, ¿enfermo de qué?

Sebastián soltó una pequeña risa cansada y, moviéndose con dificultad, levantó la pernera izquierda de su pantalón sucio y raído hasta la rodilla, dejando ver una herida horrendamente infectada.

-No lo sé con exactitud, pero supongo que no hay que ser un médico para suponer que tiene que ver con esto de aquí. -Dijo señalando a la herida- Esto me lo hizo una rata hace unas cuantas semanas. No se preocupe, puede estar bien seguro de que dejamos bien ajustadas las cuentas esa rata y yo. Ella me mordió, pero yo no iba a dejarme aplastar por una simple y sucia rata. Además, tenía hambre, así que le clavé un cuchillo y me la comí. Si muero, al menos tendré como consuelo el saber que la maldita cayó conmigo.

Jehan estaba impactado. Jamás había visto una herida igual de infectada que esa, y estaba convencido de que muy probablemente no se trataba únicamente de una mordedura de rata. El aspecto de la herida era completamente indescriptible, y Jehan estuvo muy cerca de vaciar el estómago al verla.

Sin decir nada más se alejó a paso rápido del hombre para dirigirse a su recámara. La herida de Sebastián era bastante grave, y Jehan dudaba que hubiera todavía alguna esperanza para el hombre de poder sobrevivir. Comenzó a arrepentirse de la pelea que tuvo con él la mañana de ese mismo día: sin duda alguna, lo que le había hecho a Sebastián sólo había contribuido a debilitarlo y a agotar las últimas fuerzas que le quedaban. ¿Qué hacer? La madre de Jehan siempre le había dicho que era muy malo maldecir y desearles mal a las personas, pero ahora mismo a Jehan eso le daba igual, y maldecía a diestra y siniestra a los de la San Antonio, diciéndose a sí mismo que habían sido unas lacras al huir con sus provisiones y que de no ser por ellos nada de esto habría ocurrido.

A lo largo de los siguientes días Sebastián continuó empeorando. Jehan (que se sentía culpable por lo que había hecho) a veces intentaba cuidarlo, aunque todavía desconfiaba un poco de él.

-Acérquese, necesito decirle algo. -Fue lo que Jehan le escuchó decir un día. El joven creyó que quizás esta vez intentaría atacarlo, pero el otro logró adivinar lo que estaba pensando y le dijo:

-No se preocupe, no le haré nada malo. Incluso aunque quisiera hacerlo, estoy demasiado débil para causar algo más que un rasguño en una persona que se encuentra tan saludable como usted. -Esa era, en definitiva, una gran mentira. Aunque bien es cierto que, comparado con Sebastián, Jehan se encontraba muchísimo mejor, tampoco podría decirse que estaba saludable en lo absoluto: algunos días su piel se tornaba amarillenta, otros tenía jaquecas insoportables, fiebres y dolores de estómago, y los peores días de todos eran los que lo hacían soportar todas estas cosas a la vez.

Finalmente, y después de dudarle un poco, Jehan se acercó. En un inicio no pudo entender qué era lo que Sebastián quería de él, pero al ver que este extendía el brazo con la mano cerrada comprendió que quería darle algo. Extendió su propia mano para recibir un pequeño medallón con la figura de un santo al que de inmediato pudo reconocer como san Sebastián.

Sebastián no le explicó nada, limitándose a apretar las manos de Jehan entre las suyas y a pedirle que conservase el medallón después de su muerte. Esta vez, la mirada que apareció en los ojos del hombre reflejaba tristeza y ternura. Era tan diferente de la mirada que Jehan le había visto por la mañana que por un momento dudó que aquellas dos expresiones tan distintas pudieran pertenecer a la misma persona.

A pesar de las condiciones en las que vivían, el medallón estaba en muy buenas condiciones. Era evidente que Sebastián lo había cuidado con mucho esmero, y cientos de preguntas cruzaron por la cabeza de Jehan al preguntarse cuál podría ser su significado: ¿qué podía tener de particular un medallón como ese para que alguien se molestara en cuidarlo tanto? Y, si era tan importante, ¿por qué dárselo a un muchacho como él, que además había estado cerca de matarlo? Entonces, después de darle vueltas y vueltas al asunto, lo comprendió: el medallón era la tregua, y una tímida manera de pedir y dar perdón.

III

Con el pasar de los días, la salud de Sebastián iba empeorando. A veces deliraba y balbuceaba incoherencias, y a veces perdía el conocimiento por completo.

Jehan ya no se separaba de su lado. Nunca se lo dijo a Sebastián, pero en el fondo se sentía aliviado por haber podido terminar con todas las animosidades que habían tenido en el pasado.

Durante las horas en que podían estar juntos y en las que Sebastián todavía conservaba algo de lucidez, este le contaba fragmentos de su vida. Le describía los lugares en los que había vivido de niño y las travesuras que había hecho con sus hermanos.

La mayor parte del tiempo le contaba las mismas historias una y otra vez, aunque solía detenerse a la mitad del relato diciendo que probablemente estaba aburriendo a Jehan. Cuando este le respondía que no se estaba aburriendo, Sebastián comenzaba a contar todo desde el principio. Por lo general, Sebastián no contestaba a la mayor parte de las preguntas que Jehan le hacía sobre su pasado, limitándose a dar respuestas muy vagas que poco o nada tenían que ver con lo que le habían preguntado.

- ¿Cómo se llama usted realmente? -Preguntó Jehan un día. A su lado se encontraba Sebastián, que estaba recostado en el suelo, cubriéndose con una manta raída.

- ¿A qué viene esa pregunta?

-Bueno, tanto usted como yo sabemos que su verdadero nombre no es Sebastián. Me ha contado varias cosas sobre su vida, pero esa es una parte de la historia que todavía queda por contar.

Sebastián se removió en su sitio, como si tuviera ganas de levantarse e irse (aunque claramente no podía hacerlo gracias a su enfermedad). Hubo un largo silencio tenso e incómodo entre los dos.

-Rui. -Contestó en un susurro, que Jehan a penas y pudo escuchar.

- ¿Rui? ¿Ese es su nombre?

-Sí, lo es.

-Debo admitir que me esperaba un nombre diferente.

- ¿Diferente?

-Sí. Tengo que admitir que me esperaba un nombre más misterioso, como Duarte. - La tensión en el ambiente desapareció al instante con este comentario, que hizo que los dos se rieran mucho.

La noche comenzaba a caer y el aire era fresco y sorprendentemente agradable. Gracias a la pésima situación en la que se encontraba (perdido en un inmenso mar con apenas un poco de comida), Jehan no había tenido casi nunca la oportunidad de relajarse ni un poco. En ese momento, al ver al cielo teñido de intensos colores, volvió a nacer en él una pequeña chispa de esperanza que le daba ánimos para seguir navegando hasta el fin del mundo.

- ¿Por qué utilizar un nombre falso, entonces? Aquí nadie sabe que usted en realidad se llama Rui, y aunque lo supieran, difícilmente podrían saber más de su pasado. - Dijo de manera algo brusca, estando sumido todavía en sus reflexiones.

-Bueno, eso es porque hay una parte de mi historia que usted todavía no conoce.

- ¿Es que acaso usted hizo algo malo y después quiso huir?

-No precisamente. Después de la muerte de mi familia yo no tenía motivos para quedarme más en nuestro pueblo, así que decidí que pasaría el resto de mis días vagando. El único dinero que tenía lo ganaba siendo marinero en los barcos de pesca, aunque en realidad ganar dinero ya no podía servir a ningún propósito para mí. Lo había perdido todo, incluyendo la fe. Alguna vez hace varios años estaba atravesando una gran ciudad cuando decidí hacer una parada en una iglesia para descansar, y fue ahí cuando me encontré con la imagen de San Sebastián. No sé por qué, pero la imagen de un hombre que sufre el martirio de las flechas me conmovió terriblemente: quizás me sentía identificado de alguna u otra forma con su sufrimiento. Y después de ver esa imagen decidí volver al mar. Aquí es donde pertenezco y aquí moriré. -Al decir esto, el hombre señaló su pierna atacada por la enfermedad- Dios me ha abandonado muchas veces, pero yo confío en que algún día san Sebastián lo convencerá de que perdone mis pecados.

Jehan se encontraba muy conmovido. Tenía el pequeño medallón de san Sebastián en la mano, y ahora lo miraba de una manera distinta al haber descubierto en él un nuevo significado completamente diferente al que él podría haberse imaginado.

-Pero, ¿no quiere volver nunca a tierra? ¿No tiene nada que arreglar en su pueblo, nadie de quien despedirse?

-Escuche: me refugié en el mar porque en el mar no hay pasado. El agua no sabe ni lo que has hecho ni lo que has dicho, y si lo sabe, se guarda muy bien de decirlo. Durante muchos años he vuelto a las aguas una y otra vez; el mar me recibe y no me reprocha nada, y en agradecimiento por ello yo nunca le pido nada en lo absoluto; este es el único lugar para mí en el que algo así es posible: aquí puedo morir sin nombre y tendré la seguridad de que nadie vendrá a buscarme después de mi muerte.

Jehan asintió ante sus palabras. Unos minutos después se despidió de su compañero para irse a dormir. A la mañana siguiente, cuando fue a despertarlo para darle un poco de comida, se dio cuenta de que el hombre estaba sumido en un sueño más profundo de lo habitual: Rui estaba muerto.

Jehan nunca pudo saber en qué momento de la noche ocurrió su muerte, pero estaba seguro de que había tenido un final tranquilo y sin mayores sufrimientos por la expresión de su rostro, que parecía querer decir “me voy en paz”.

Dos semanas después de la muerte de Rui, la nao Trinidad, la Concepción y la Victoria llegaban a una isla que Magallanes bautizaría como la Isla de los Ladrones.

IV

Magallanes estaba furioso. De hecho, Jehan creía que la palabra furioso no alcanzaba a describir la cantidad de enojo que sentía el capitán general.

Las cosas habían ocurrido así según Magallanes y varios de sus hombres: todos estaban muy tranquilos deambulando alrededor de una pequeña isla. Cuando se acercaron a la costa, la tripulación pudo ver cómo se les acercaban algunos habitantes del lugar en canoas.

Los expedicionarios los dejaron subir a los barcos al ver que les estaban ofreciendo comida y agua, pero después comenzaron a caer en cuenta de que los habitantes de la isla estaban robándose varias de sus pertenencias.

Ahora bien, Jehan tenía una versión completamente diferente de los hechos.

Jehan se despertó de su siesta al oír todo el ruido que hacían los nativos de la isla al subir a cubierta. Cuando salió a ver qué pasaba, un hombre se acercó a él con un tazón lleno de una comida que tenía un olor maravilloso. El joven se dio cuenta de que muy probablemente el hombre estaba dispuesto a darle la comida si le daba alguna cosa de valor, así que desde ese momento comprendió que su interacción iba a ser un sencillo trueque.

Logró entenderse con el hombre a base de señas, y corrió a su diminuta e improvisada habitación a buscar un pequeño espejo que tenía. Una vez le dio el espejo al hombre este le entregó la comida, y ambos se quedaron encantados con la pequeña transacción que habían hecho.

Jehan se dio el mejor festín que había tenido en meses, y se encontró sumamente confundido cuando empezó a escuchar a sus compañeros maldecir y tachar a los habitantes del lugar de ladrones: lo que para él había sido un sencillo trueque, para sus compañeros y para el capitán general había sido un robo.

Fue inútil intentar convencer a Magallanes de no hacer ninguna locura, y el malentendido llegó a tales dimensiones que el capitán envió a sus hombres a quemar las casas de los habitantes de la isla, lo que ocasionó la muerte de varios de ellos.

Después de dejar atrás aquella isla, los días pasaron en un abrir y cerrar de ojos para Jehan. Con cada nueva isla que exploraban descubrían todo un mundo nuevo, lleno de plantas, animales y personas muy diferentes a todo lo que habían visto antes.

Magallanes había logrado que varios de los gobernantes de la región se declararan fieles al rey de España y todo iba viento en popa. La gente era muy amable con ellos, y los dejaban descansar y reponer sus provisiones sin ningún problema. Dejando de lado lo ocurrido en la mal llamada Isla de los Ladrones, parecía que el paso de la expedición por la región iba a ser muy tranquilo y placentero, por lo cual a nadie se le ocurría pensar que en el futuro cercano se presentarían grandes adversidades.

V

Aunque Jehan disfrutaba mucho de la exploración y de todos los descubrimientos que hacía con cada paso que daba, una nueva preocupación comenzó a surgir en él: habían tenido éxito en cruzar por el Pacífico y se encontraban muy cerca de llegar a

su destino, además de que ahora estaban entablando buenas relaciones con los habitantes del lugar. No obstante, Jehan creía que era imprudente y excesivo comenzar a inmiscuirse en los asuntos de la región, cosa que Magallanes estaba haciendo al pretender aliarse con algunos gobernantes de la zona.

Además, ¿cómo volverían a Sevilla desde allí? Las rutas más seguras y fáciles de seguir estaban controladas por los portugueses, e intentar volver por el mar Pacífico era una locura que implicaba pasar por un martirio que Jehan no estaba dispuesto a volver a sufrir.

Pero a pesar de sus preocupaciones, decidió que lo mejor sería quedarse callado. Magallanes probablemente tenía un plan que les permitiría volver a casa sanos y salvos, además de que no estaba seguro de que en medio de todo el júbilo que sentía el capitán por su triunfo pudiera haber lugar para que sus quejas fueran escuchadas.

Capítulo VI

|

Jehan estaba furioso con el capitán general: habían pasado apenas unas semanas en la zona y Magallanes ya estaba buscándose problemas. ¿Qué diablos pretendía con hacerlos desfilar con sus armas en las costas de las islas? Estaba contento de poder explorar más a fondo la región y entablar buenas relaciones con sus habitantes, pero en el fondo lo único que quería era volver a casa, y creía firmemente que lo único que estaban logrando al seguir las órdenes del capitán era procurarse la desconfianza de los nativos.

Ya había intentado hablar varias veces con el capitán sobre el tema, pero (como ya lo había sospechado) sus quejas fueron recibidas con un desinterés que resultaba muy enojoso para Jehan.

Las cosas habían comenzado a ponerse muy tensas recientemente. Después de haberse aliado con el rajá Humabón y con otros líderes de la región, surgieron los problemas: el jefe de la isla de Mactán, que se llamaba Lapulapu, no sólo se había negado a convertirse al cristianismo, sino que se había negado a entregar obsequio alguno y, además, había retado a Magallanes a que fuera a buscarle.

Los intentos de Jehan y de varios miembros de la tripulación por convencer a Magallanes de evitar la batalla no fueron pocos, pero desgraciadamente resultaron completamente inútiles.

La mañana del día en el que debía tener lugar la batalla era fresca y clara. En otras circunstancias, a Jehan le hubiera encantado quedarse mirando el mar por horas y horas como cuando era niño; pero ahora no podía hacer nada de eso mientras él y sus compañeros se preparaban para el combate.

En realidad, no estaba seguro de por qué Magallanes había decidido que era una buena idea enviarlo precisamente a él a la batalla. En definitiva, esta decisión no tenía nada que ver con sus capacidades físicas (Jehan estaba completamente seguro de que era el más débil físicamente hablando de todos los miembros de la expedición) ni con ninguna estrategia militar que sólo él pudiese llevar a cabo. De cualquier forma, Jehan se moría de miedo: jamás había estado en una batalla antes, y le resultaba incomprensible que sus compañeros estuviesen tan tranquilos y seguros de la victoria.

Los botes en los que iban se encontraban en una posición bastante extraña respecto a la costa, estando lo suficientemente alejados de la playa como para que sus hombres tuviesen que caminar en el agua poco profunda para poder llegar a ella.

Jehan había estado tan nervioso que no había prestado atención alguna a las órdenes que le habían dado, así que no tenía ni la más mínima idea de lo que tendría que hacer una vez comenzada la batalla.

Al momento en que él y sus compañeros comenzaron a descender de los botes se dio cuenta de lo cristalina que era el agua, que le llegaba a la cintura y que le hacía muy difícil caminar rápidamente. Todo parecía transcurrir muy lentamente a los ojos de Jehan, que andaba distraídamente y con mucha torpeza. Su torpeza fue tanta que se tropezó con una roca y cayó de cara contra el suelo marino. Al levantarse se quedó mirando el cielo, que aquel día era de un azul profundo y que tenía en el centro un gran sol brillante y cegador.

Sólo un peso muerto que cayó sobre él fue capaz de hacerlo reaccionar. El bulto había logrado derribarlo, y Jehan se dio cuenta, horrorizado, de que lo que había caído sobre él era el cadáver de uno de sus compañeros.

Enseguida pudo escuchar los gritos y la confusión mientras él luchaba por quitarse al cadáver de encima. No sabía a dónde ir ni qué tenía que hacer, así que trató de correr, pero sus piernas no hacían lo que él quería. Durante un instante creyó ver a Magallanes en la distancia, y pudo escuchar que ordenaba la retirada de sus hombres. Cuando intentó acercarse a él vio cómo una flecha le atravesó el brazo, y cuando quiso correr a ayudarlo vio a dos guerreros del bando enemigo acercarse a él con la intención de terminar de matarlo. No obstante, antes de que pudiera ver nada más, sintió como un par de manos empujaban su cabeza y torso debajo del agua.

Al encontrarse sumergido el agua creyó estar siendo atacado, así que intentó defenderse torpemente dando golpes y patadas al aire. Su atacante no era otro que un joven grumete compañero suyo en la nao Trinidad, y utilizó todas sus fuerzas para intentar mantener todo el cuerpo de Jehan (exceptuando la cabeza para que pudiese respirar) bajo el agua.

-No se ponga de pie o las flechas lo matarán. Tenemos que irnos ahora mismo, antes de que alguien se dé cuenta de que estamos aquí. -Le dijo su compañero en voz muy baja y Jehan asintió. El agua era demasiado clara, lo que significaba que sus siluetas podían verse fácilmente del exterior. Habían tenido mucha suerte al no ser descubiertos todavía.

Ambos se sumergieron en el agua por completo en un intento por protegerse de las flechas. Nadaron hasta lograr acercarse al costado de uno de los botes, y sólo sacaban la cabeza del agua cuando necesitaban respirar.

Todavía estaban cerca de la costa, y no podían subir al bote sin ser vistos. Una flecha se clavó en la madera que estaba justo encima de sus cabezas, y de haber caído un poco más abajo seguramente habría matado al grumete que acompañaba a Jehan.

El joven estuvo a punto de gritar a todo pulmón, pero Jehan fue más rápido que él y tapó su boca con las manos antes de que pudiera emitir ningún sonido.

Decidieron intentar llegar a la popa del bote, donde podrían esconderse hasta que se acabara la batalla. A medida que se dirigían a ella el agua comenzaba a hacerse más profunda, y cuando por fin la alcanzaron el agua les llegaba hasta la barbilla. No sabían cuántos de sus compañeros habían muerto, pero todo lo que habían visto parecía indicar la muerte de al menos diez de ellos.

Ambos jóvenes estaban pálidos y con el corazón latiendo furiosamente en sus pechos. Los gritos y sonidos de la batalla continuaban a lo lejos mientras que ellos se quedaban allí, cansados, desolados, sin armas para defenderse (Jehan había dejado tirada su ballesta por ahí durante su precipitada huida, y aunque la tuviese no le serviría de nada al no saber usarla) y temblando de miedo. Ninguno de los dos podía pensar en nada, y sus miradas se perdían en algún punto del horizonte. Lo único que podían escuchar eran los sonidos de los latidos de sus corazones, de sus bocanadas de aire erráticas y del agua que los rodeaba y en la que de vez en cuando sumergían la cabeza para refrescarse durante su angustiada espera, que aguantaban tomados de la mano y con lágrimas en los ojos mientras se aferraban con la mano libre a las maderas podridas del bote.

||

La batalla de Mactán terminó con una horrible derrota para la tripulación. Y peor aún: la batalla le había costado la vida al capitán general de la expedición.

¿Qué harían ahora sin el capitán? Habían llegado hasta el fin del mundo gracias a él, pero ahora ni siquiera podían recuperar sus restos.

Las cosas no mejoraron después de la precipitada huida de los barcos y sus tripulantes de Mactán, pues también tuvieron que enfrentarse a la terrible traición del rajá Humabón, que los había convocado a un banquete en el cual murieron veinticuatro de sus compañeros, incluidos los comandantes de la expedición que habían elegido tras la muerte de Magallanes.

Después de estas terribles tragedias fue muy difícil decidir qué hacer. Pasaron algunas semanas en las que estuvieron completamente indecisos, pero finalmente se decidió que continuarían con el viaje para llegar a las Islas Molucas. A todas estas

cosas se sumó la difícil decisión de deshacerse de la nao Concepción, pues ya no había suficientes hombres para poder continuar la expedición con tres barcos diferentes.

Finalmente, se decidió que Gonzalo Gómez de Espinoza sería el nuevo capitán de la nao Trinidad y que Juan Sebastián Elcano sería el capitán de la Victoria. Fue así como pudieron llegar a las Islas Molucas y cumplir con el objetivo original de la expedición: llevar especias a España.

A penas y salieron del puerto de la isla de Tidore cuando se dieron cuenta de que había una gran vía de agua en la nao Trinidad. Hicieron todo lo posible por repararla, pero como el riesgo de que se hundiera era demasiado grande se decidió que la nao Trinidad volvería a Tidore y se quedaría allí para ser reparada.

En un inicio, Jehan se había resignado a tener que esperar varios meses antes de poder partir rumbo a Sevilla con los de su nao, pero después de pensárselo mejor abandonó la Trinidad para enrolarse en la Victoria al mando de su nuevo capitán, Juan Sebastián Elcano.

Este cambio de barco fue muy duro para Jehan: después de todo, él se había encariñado con la Trinidad, y alrededor de ella giraban todos sus buenos y malos recuerdos de la travesía: desde la primera vez que tuvo que dormir en la improvisada y diminuta habitación que le habían otorgado al lado de la recámara del capitán hasta la última vez que vio a Magallanes con vida antes de la batalla de Mactán, pasando por las canciones que cantaban sus compañeros en sus ratos libres y por su pelea con Rui fuera de la bodega.

Además de Pigafetta (que, como él, también había abandonado la nao Trinidad para unirse a la Victoria), Jehan no conocía a casi nadie en la nao Victoria, lo que lo hizo sentirse cohibido y preocupado. Había conocido en menor o mayor medida a todos y cada uno de los miembros de la tripulación de la Trinidad: conocía algunas cosas sobre sus vidas, sus pequeños hábitos, sus formas de ser y de pensar, etcétera, así que los marineros y grumetes de su nueva nao le parecían una incógnita imposible de descifrar.

Naturalmente, Jehan no tenía nada de lo que realmente preocuparse en lo que tenía que ver con sus nuevos compañeros: lo peor que podría llegar a ocurrirle sería que la mayor parte de sus compañeros lo ignoraran y que dos o tres de ellos lo odiaran de verdad.

Jehan estaba emocionado por poder al fin volver a casa, o al menos a un lugar que se le pareciera. Tenía la esperanza de volver a ver a sus padres, y soñaba con las comodidades que tendría cuando se reuniera con su familia y pudiera dejar de ser Jehan, el grumete de la nao Trinidad (y ahora de la Victoria) y pudiera volver a ser Jehan, el joven conde de Brie.

Pero a todas estas esperanzas también se añadían grandes temores: ¿qué tal si sus padres se habían olvidado por completo de él? ¿Y qué tal si él volvía, pero ellos lo rechazaban? ¿Qué pasaría si toda la gente que él solía conocer ahora lo despreciaba? ¿Qué haría si sus padres se mostraban asqueados por la forma en que comía, por la

barba que intentaba quitarse pero que siempre volvía, por su pelo largo y desaliñado, por sus uñas sucias, sus manos llenas de pequeñas heridas y cicatrices, sus muecas, su voz, su piel llena de quemaduras por el sol (aunque mucho menos dañada que la de sus compañeros); en fin, todo lo que había cambiado en él durante el viaje?

Jehan estaba aterrado al imaginarse cómo sería rechazado por todos, y se torturaba a sí mismo con pensar en todos los rencores e intrigas imaginarios en su contra.

Fue así como, en medio de todos estos miedos y esperanzas, comenzó el tornaviaje.

III

El tornaviaje, evidentemente, no fue ni rápido ni fácil. Aunque Jehan poco a poco había aprendido a confiar en su nuevo capitán, continuamente lo asaltaban sospechas injustificadas: ¿y si Elcano en realidad era portugués y los estaba llevando por una ruta tan extraña y complicada para hacerlos presos?

Antonio Pigafetta, por su parte, no se llevaba del todo bien con Elcano: aunque tenían la cordialidad necesaria para poder estar en paz el uno con el otro, siempre existió un poco de hostilidad entre ellos. Jehan siempre vio esto como algo de lo más natural, pues Pigafetta había sido amigo personal de Magallanes cuando este aún vivía, y Elcano, por su parte, había formado parte del motín en contra de este último en San Julián.

De nuevo, las provisiones se acababan rápidamente y las enfermedades no tardaron en volver a sus andanzas al debilitar e incluso matar a los marineros. La situación llegó a tal punto que el capitán les propuso en varias ocasiones tirar por la borda el cargamento de especias que llevaban con el fin de poder navegar más fácilmente.

Jehan tenía una idea general de los lugares por los que pasaban y los mares a los que tendrían que enfrentarse, pero ya ni siquiera le importaba fijarse mucho en ellos, haciendo que todos los sitios que atravesaba junto a sus compañeros le parecieran exactamente iguales. Lo único que podía distinguirlos para él eran las tempestades del mar, que se mostró particularmente cruel con ellos en varios tramos del tornaviaje.

A decir verdad, Jehan no estaba del todo seguro de poder regresar a casa con vida. Hacía tan sólo unos días daba su supervivencia por hecho, pero ahora, ante las dificultades a las que se enfrentaban, las dudas volvían para atormentarlo. Una noche, mientras miraba al cielo repleto de estrellas, pudo finalmente admitir lo que había intentado negar por tanto tiempo: se había equivocado y la vida del mar no estaba hecha para él. Había visto demasiado y había cruzado todos los límites de la miseria y del sufrimiento que alguna vez pudiera imaginar. El daño estaba hecho, y ahora era irreparable.

Tenía cuidado de registrar cada día y noche que pasaba a bordo de la nao Victoria, pues eso era lo único que podía distraerlo de la angustia que lo invadía a todas horas.

Así los días se unieron y mezclaron unos con otros, y en el último momento pasó la cosa más extraña de toda la expedición: en septiembre de 1522 llegaron a Sanlúcar de Barrameda.

En realidad, llegar a Sanlúcar no tenía nada de raro, pues ya todos sabían que estaban muy cerca de allí desde hacía, por lo menos, dos semanas. Pero el llegar a Sanlúcar, el tener la seguridad de que después de todo el sufrimiento por el que habían tenido que pasar se encontraban allí, aún con vida, era sencillamente imposible de creer.

El puerto de Sanlúcar no se parecía en lo absoluto a como Jehan lo recordaba, y le parecía casi absurdo admitir que la vida de aquel lugar no se había detenido nunca: las personas seguían caminando por las calles, los niños seguían corriendo y jugando y la gente se detenía para saludar a sus amigos y conocidos.

Descender del barco fue aún más extraño: ¿por qué el sonido de las pisadas de sus pies era ahogado por los ruidos de la gente, cuando ayer sus pasos resonaban por las maderas de la nao Victoria?

Durante el camino, en los momentos de más angustia, habían prometido que, si salían aquel terrible viaje con vida, lo primero que harían al llegar a Sanlúcar de Barrameda sería visitar la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y la de Santa María la Antigua para agradecerles por su protección. Así que allí estaban, sucios, tambaleantes y harapientos caminando en dirección de la iglesia.

Jehan a penas y podía mantenerse de pie. Sentía que sus piernas no le respondían y tenía que apoyarse en sus compañeros a cada paso que daba para no caer. Las imágenes del lugar en el que se encontraba parecían tan irreales que daban vueltas ante sus ojos, y su cuerpo estaba tan débil que temblaba como una delgada hoja de papel puesta a merced del viento.

Respirando al unísono, Jehan y sus compañeros llegaron a la iglesia. “Dieciocho, dieciocho” se repetía Jehan mentalmente al contar una y otra vez a sus compañeros, no sabiendo si debía asombrarse por la cantidad de hombres que murieron durante todo el viaje o si asombrarse por la cantidad de hombres que sobrevivieron a pesar de todas las adversidades a las que se enfrentaron.

Allí, frente al altar, hubo un momento de silencio. Después, Jehan cayó de rodillas junto a sus compañeros frente al altar, y con la frente apoyada en el suelo no pudo contener más los sollozos que escapaban de su boca y que sacudían todo su cuerpo. El altar de la Virgen estaba frente a él, pero Jehan no le prestaba atención y apretaba entre sus manos el medallón de San Sebastián que Rui le había dado.

Cuando llegaron a Sanlúcar de Barrameda casi nadie se acordaba ya de ellos: la expedición que originalmente había sido capitaneada por Magallanes había tardado tres años en regresar al puerto del que había salido, y si se tomaba en cuenta el regreso de los de la San Antonio unos años antes no era nada extraño pensar que los de la Casa de la Contratación los creyesen muertos.

Cuando Jehan llegó a Sevilla recibió el salario que le correspondía por su participación en la expedición, aunque este dinero ni siquiera le importaba ya. No sabía qué hacer: no tenía a dónde ir, y ya no le era posible acostumbrarse de nuevo a la vida fuera del barco.

Se encontraba tan exhausto que pasó sus primeros días de regreso en tierra firme durmiendo casi todo el tiempo. Dos semanas después de su llegada a Sevilla, se despertó durante la mañana y se encontró con las figuras de sus padres, que parecían estar muy preocupados. El impacto de verlos de nuevo fue tanto que en un inicio Jehan creyó que ambos eran fantasmas, y estuvo a punto de gritar cuando ellos se abalanzaron encima suyo para darle el abrazo más largo que había recibido en toda su vida.

Fue entonces cuando Jehan pudo darse cuenta de que sus padres realmente estaban allí, junto a él, abrazándolo y diciéndole cuánto lo habían extrañado. Todos rompieron a llorar, y en medio del llanto Jehan pudo notar cómo los rostros de sus padres no habían cambiado en lo absoluto: seguían siendo los mismos de siempre, lo que significaba que su padre todavía se enojaba cuando perdía los juegos de cartas y que su madre todavía creía que el ruido que hacía el viento al pasar por las ventanas ligeramente abiertas eran murmullos de fantasmas. Darse cuenta de esto hizo tan feliz a Jehan que no pudo parar de sonreír durante el resto del día.

Después de que sus padres hicieran que cinco médicos diferentes revisaran su estado de salud, se dispusieron a partir de Sevilla para poder volver a Francia.

En el último día de su estancia en Sevilla, todos salieron a dar un paseo alrededor del puerto. A Jehan le costaba caminar, pues ya estaba tan acostumbrado al movimiento que se siente dentro de los barcos que ahora ya no podía andar sin sentir que el suelo se movía bajo sus pies. Gracias a eso, caminaba apoyándose sobre el hombro de su padre, que lo sostenía cada vez que estaba a punto de caerse.

Durante el paseo por el puerto, Jehan pudo ver pequeñas escenas de la vida diaria del lugar, y en un momento pudo ver en el reflejo del agua a un niño que señalaba felizmente con el dedo en dirección al mar. La imagen había pasado muy rápido, y en cuanto cerró y volvió a abrir los ojos se dio cuenta de que había desaparecido: el niño era él.

Cuando Jehan subió al carruaje con sus padres era muy temprano por la mañana. El vaivén del carruaje y los ruidos del exterior le transmitieron un sentimiento de tranquilidad que pudo gozar durante varios minutos.

Con el medallón de San Sebastián en la mano y la cabeza recargada en el hombro de su madre, Jehan comenzó una nueva travesía: esta vez, era la travesía de volver a casa.

FIN

Epílogo

I

La playa era sublime a estas horas de la mañana. El aire fresco y la suave brisa traída por el mar refrescaban el rostro cansado de Jehan, que no había podido dormir en toda la noche. Tenía los párpados pesados y círculos grises bajo los ojos, además de un dolor de espalda insostenible provocado por meses y meses de haber dormido en el suelo.

En ese momento, se dedicaba a buscar pequeños cangrejos en la arena, que se hundía bajo el peso de sus pies descalzos. No sentía frío a pesar del viento helado que soplaba en la mañana que a penas y comenzaba a clarear.

Un ruido en la distancia lo hizo despertar de su ensoñación para mirar hacia el horizonte en busca de la causa del sonido, pero al no poder ver nada comenzó a caminar en dirección del pequeño castillo donde vivía la tía Marguerite.

Los últimos meses habían sido muy difíciles para él: se encontraba en una posición extraña en la que ya no sabía qué hacer con su vida. Sabía que la vida de un marinero no era para él, pero se había acostumbrado tanto a ella que ahora no podía simplemente dedicarse a ser un joven conde que derrocha felizmente el dinero de sus rentas.

¿Qué hacer en una situación así? Por las noches, no podía dormir en la cama porque hasta la manta más ligera en la noche más fría le daba un calor que su cuerpo consideraba como antinatural y que le provocaba un angustiante insomnio por el resto de la noche. Tampoco podía dormir en el suelo, porque si lo hacía terminaba despertando con terribles dolores de espalda que lo dejaban exhausto.

Cuando viajaba a bordo de la nao Trinidad se sentía harto de no poder hablar más que de la vida en el barco, mientras que ahora no podía entender nada cuando su

padre le hablaba de los negocios, los reyes y la nobleza, pues él ya se había acostumbrado a hablar de nudos, cartas de marear, cuadrantes y ampolletas.

Al entrar en el castillo se encontró con la tía Marguerite, que estaba lista para salir a dar un paseo en la playa.

-Buenos días, Jehan. -La escuchó decir. -¿Por qué estás despierto a esta hora?

-Quizás yo debería estar preguntando lo mismo. -Respondió soltando una pequeña risa. -¿A dónde va vestida así, cuando es tan temprano? ¿Acaso va a saludar a los peces para darles los buenos días?

-Nada de eso, simplemente voy a dar un paseo. Me gusta tomar el aire fresco por la mañana. Mi médico dice que es muy bueno para la salud. ¿No pudiste dormir por la noche?

-No. Ya sabe lo que me pasa todo el tiempo. No puedo dormir en la cama, pero tampoco puedo dormir en el suelo.

Marguerite asintió y ambos caminaron juntos con dirección a la playa. Jehan se preguntaba si la tía Marguerite no se sentía incómoda usando un vestido que parecía ser muy pesado, pero se dio cuenta de que a ella no le importaba en lo más mínimo cuando comenzó a tomar arena entre sus manos para tirársela en la cara.

Jehan no tardó en responder, y se encontró con la sorpresa de que la tía Marguerite sabía correr con el vestido y los tacones puestos. No pudo evitar reírse cuando se dio cuenta de que eso, de hecho, encajaba bastante con el carácter de la mujer.

Estuvo un buen rato persiguiendo a su tía alrededor de la playa, hasta que paró en seco al ver a un barco en la lejanía que se parecía mucho a la nao Victoria. Se quedó observándolo hasta que lo vio desaparecer en el horizonte.

Marguerite, que ya había logrado alejarse bastante de donde Jehan se había quedado, volvió sobre sus pasos hasta llegar, jadeante, a donde su sobrino.

- ¿Qué ocurre?

-Nada; es sólo que vi un barco en la distancia y por un momento creí que...

Marguerite, al ver que se quedaba callado, le preguntó si quería volver al castillo.

Ya era enero de 1523. Resultaba extraño para Jehan pensar en que el tiempo había pasado tan rápido, pues de alguna u otra forma él todavía se sentía en 1519. Después de todo, a bordo era imposible distinguir entre cada año más que por la bitácora que llevaban, que en muchas ocasiones era ignorada por completo.

Esa noche Jehan tampoco pudo dormir, aunque esta vez la causa de su insomnio nada tenía que ver con el dolor de espalda: lo que lo mantuvo despierto toda la noche fueron las pesadillas.

Sus pesadillas casi siempre giraban alrededor de las mismas escenas. Solía soñar con lo que ocurrió en la bahía de San Julián, cuando dos hombres fueron decapitados y descuartizados. También soñaba frecuentemente con la muerte de Magallanes en

Mactán, y no pocas veces se despertó por la noche con el sudor corriendo por su frente al haberse imaginado en sueños que estaba viviendo la batalla de nuevo.

Después de despertarse de pesadillas como esas, encendía una vela y se dirigía hacia la mesa en la que descansaba su violín.

Sus manos ya estaban tan acostumbradas a la forma y peso del violín que ya ni siquiera era necesario que Jehan mirase en dónde debían posarse sus dedos. Afinar el violín resultaba igual de sencillo, pues su oído distinguía claramente cada sonido y podía detectar fácilmente cuando el instrumento se encontraba desafinado.

Por lo general, Jehan solía tocar hasta ver a la luz de la mañana asomarse por su ventana, señal de que ya era de día y no había nada más qué temer.

En este preciso momento, Jehan estaba afinando su violín. Nuevamente había sido incapaz de dormir por más que un par de horas, así que ahora sus dedos buscaban la posición en la que debían mantenerse para comenzar a tocar una nueva pieza.

El sonido de su instrumento resonaba por cada rincón de la habitación, calmando la ansiedad e incertidumbre surgidas entre la oscuridad de la noche. Pero esta vez algo iba a ser diferente: Jehan tocaba la misma pieza una y otra vez, pero siempre le parecía que su violín estaba desafinado. No tardó en frustrarse y abandonar la idea de seguir tocando hasta el amanecer. Al enojo y la frustración les siguió la resignación de tener que encontrar algo más que hacer para distraerse durante el resto de la noche.

Jehan descartó de inmediato la idea de salir a dar un paseo: era demasiado temprano por la madrugada (incluso para él) como para hacer eso, además de que también existía el riesgo de que, en medio de toda la niebla y la oscuridad, Jehan perdiese el camino y fuera incapaz de regresar a casa junto a sus padres y tíos.

Leer un libro tampoco parecía una buena opción debido a la poca iluminación que las velas le proporcionaban, pero en definitiva era mejor que volver a dormir y tener pesadillas.

Jehan tomó uno de los libros que se encontraban sobre su mesa, pero tras apenas unos cuantos minutos de lectura ya se encontraba aburrido de nuevo. Los recuerdos de hacía unos cuantos años, cuando disfrutaba mucho de escribir historias y componer versos, volvieron a él en un instante, y se le ocurrió que quizás eso podría mantenerlo ocupado hasta el amanecer.

Se encontraba sentado frente a su mesa con una hoja de papel posada sobre ella y una pluma en la mano. No se decidía todavía a escribir las palabras que comenzarían su historia, y creía que hacía falta pensárselo mucho antes de trazar una sola letra sobre el papel.

La luz de la luna creaba sombras azuladas sobre las paredes de la habitación, y a lo lejos se escuchaban los suaves murmullos del mar, que se extendía majestuosamente hasta donde alcanzaba la vista. Fue entonces cuando las palabras salieron de la pluma de Jehan con una rapidez y naturalidad que no había conocido antes.

Jehan escribió una frase tras otra, hasta ya bien entrada la mañana. Quizá, si la vida de un marinero no era para él, la vida de un poeta podría serlo.

La frase con la que Jehan había comenzado su historia rezaba: “Mi madre siempre me había dicho que la necesidad era capaz de imponerse a la voluntad...”